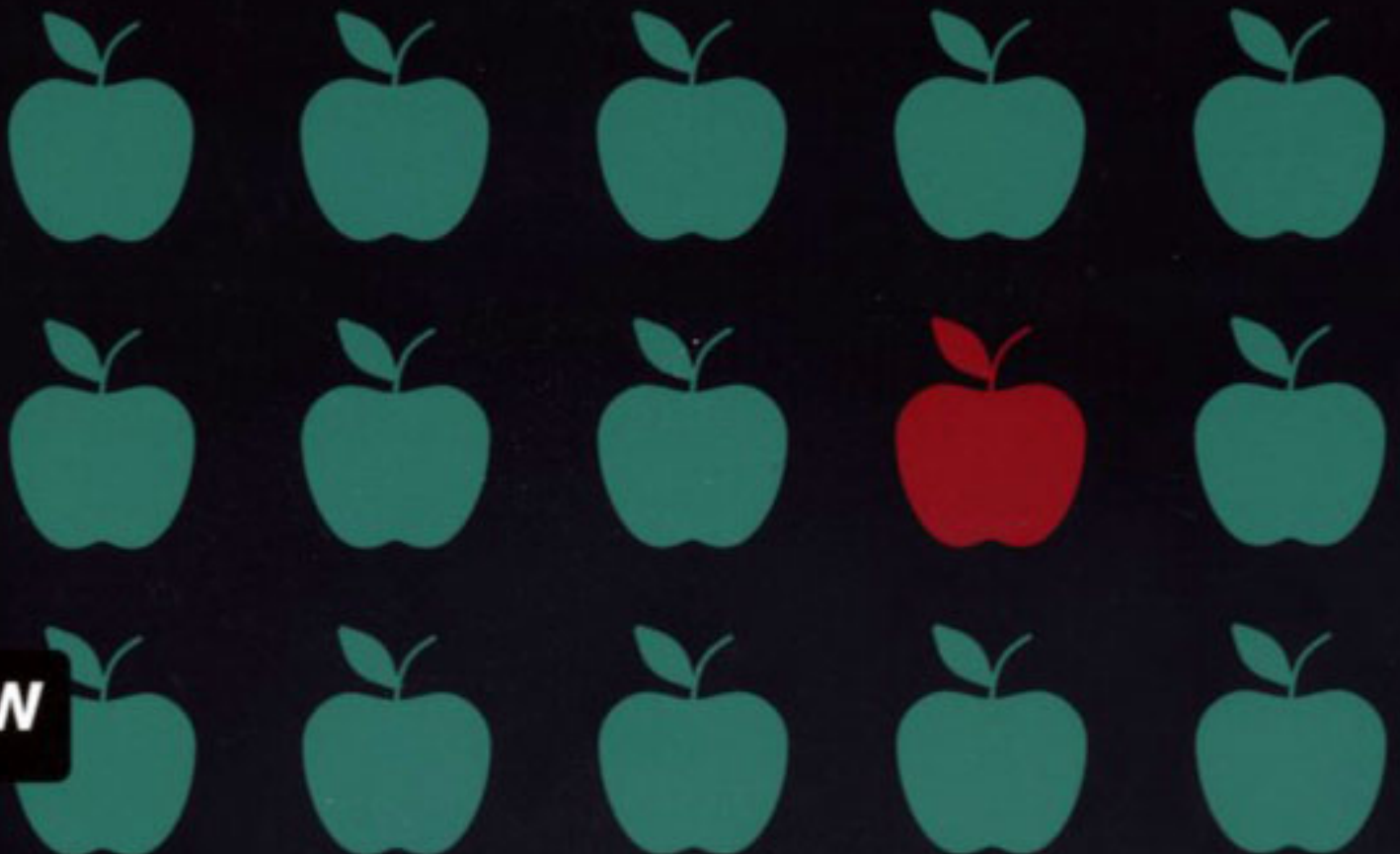


Francesc Torralba

Elogio de la madurez

Notas

César Herrero Hernansanz



Elogio de la madurez

Francesc Torralba

Editorial Som, Now Books 1ª edición, 2017, 163 páginas

Notas

César Herrero Hernansanz

Introducción

Les ofrezco mis notas del libro **Elogio de la madurez**, de *Francesc Torralba*.

Es una satisfacción verificar que los caminos, que he transitado en la vida, los he tomado en la dirección correcta, me han llevado al horizonte abierto y luminoso, que describe Torralba; que me he visto abocado a un sinfín de encrucijadas, en las que he tenido que decidir, ejerciendo, por tanto, mi libertad; que hice en el momento oportuno una profunda evaluación de mi vida, ***Mi partida, Setenta años de mi vida***; que me veo en una serena madurez, dando cuanto puedo de mí; que amo y he sido amado; que espero el futuro con esperanza ... en fin, que estoy muy agradecido a la vida, ¿qué más le puedo pedir?

Los textos en rojo son aportaciones mías con el fin de precisar o ampliar su sentido. Si después de leer mis notas desean profundar en algún asunto, les recomiendo recurrir al texto del libro.

Asimismo, les adjunto índice y paginación de mis notas, sincronizado con el del texto original, para que puedan percibir a vista de pájaro una panorámica del libro. Índice y paginación, que les facilitarán la búsqueda fácil de temas de su interés y ubicación.

Que disfruten estas notas.

César Herrero Hernansanz

Murcia, Noviembre 2019

ÍNDICE

1 Aureola de madurez	4
1.1 Si la manzana pudiera pensar	4
1.2 Fragilidad de los padres mayores	5
1.3 Contemplar cómo crecen los hijos	7
1.4 Infinita densidad de cada instante	8
1.5 Valor de la repetición	10
1.6 Pensamiento de la muerte	15
2 Edades de la vida	17
2.1 Infancia: acogida original	17
2.2 Juventud: la edad de soñar	19
2.3 Madurez: principio de realidad	22
2.4 Ancianidad: sabiduría que otorgan los años	29
3 Alegato contra la melancolía	33
3.1 Esencia de la melancolía	33
3.2 De la naturaleza virgen	33
3.3 De la lentitud	34
3.4 Del pasado	35
3.5 Del amor	38
3.6 Del infinito	39

1 Aureola de madurez

1.1 Si la manzana pudiera pensar

La madurez está vinculada estrechamente al sentimiento de irrelevancia cósmica. El ser humano se da cuenta que no es el centro gravitacional de todo. Percibe que su existencia forma parte de una cadena de relaciones, en las que se ve a sí mismo como parte ínfima del Todo.

La persona madura descubre su lugar exacto en el cosmos, el papel que le corresponde en la sociedad y qué tiene que realizar. Ya no es proyecto de futuro, ni promesa, sino realización.

Entiende que ya no es el rey de la creación, que el mundo no está a su servicio; tiene conciencia de ser expresión de vida inteligente y amorosa en el universo, como tantas otras, que luchan por realizar sus anhelos.

El hombre maduro es consciente de que podría no haber existido y de que dejará de existir. Circunstancia, que le depara inmensa alegría.

La madurez es plenitud de vida, período álgido antes de la decadencia. Su imagen plástica es la manzana a punto de caer de la rama.

La manzana es consecuencia de un proceso: el brote verde está llamado a ser manzana; para llegar a lo cual deben transcurrir meses, salir el sol, **hacer frío y calor**, llover, soplar vientos ...; mediante lo cual va creciendo en grosor, fragancia, sabor ... y en su madurez se presenta roja y a punto de desprenderse del árbol.

De la misma manera, el niño está llamado a ser joven, adulto, maduro ... Sin embargo, las estaciones de la vida no son meros prolegómenos de la siguiente; la ancianidad no es epílogo de la madurez. El decurso de la vida humana posee una teleología inmanente, una orientación, que apunta a potencias y capacidades latentes; lo cual sólo es posible si el ser humano es acogido, cuidado y protegido.

La manzana no es consciente del proceso que vive, cumple su misión ciegamente; se desprende del árbol y si nadie la recoge se pudre a su pie, se descompone y nutre la tierra.

La madurez es el punto álgido de la vida humana, resultado de un proceso de diversas etapas. Nadie nace enseñado; nadie llega a la madurez de su profesión, oficio o vida sin antes haber pasado por infancia, adolescencia y juventud.

Si la manzana tuviera sentimientos expresaría gratitud hacia los elementos que posibilitaron su existencia; sentiría descolgarse del árbol y caer al vacío; pensaría que su proceso es absurdo, sinsentido, ya que la descuelga del origen de su vida y la sumerge en la muerte.

Es lo que pensaríamos individualmente, pero la sensación cambia cuando adoptamos una perspectiva cósmica. La manzana madura cae y nutre la tierra

con sus sustancias; sus semillas dan origen a otros árboles, de los que surgirán brotes, manzanas ... y este proceso se repetirá.

La madurez reside en la capacidad de dar. La manzana está a punto de ser comida, caer y nutrir la tierra, que sustenta el árbol, fuente de su propia existencia. No se aferra a sí misma sobreviviendo en la rama para conservar vida y belleza; se deja caer, aunque suponga un absurdo.

El proceso está orientado a mantener el orden del cosmos, el ciclo de la vida; la muerte de la manzana no es inútil: cumple la misión de nutrir la tierra; deja de existir, pero al hacerlo, permite la subsistencia del árbol.

El hombre maduro es resultado de un largo proceso: ha aprendido bien su oficio; ha hecho realidad muchas posibilidades; ha pasado por infancia, adolescencia, juventud, madurez ... ha aprendido, se ha equivocado; ha transmitido a los demás su bagaje para que puedan aprender de su experiencia.

Es lo que hace la manzana cuando se desprende del árbol: se ofrece a sí misma en el momento álgido de su existencia; cuando su volumen, fragancia y sabor están en su plenitud; lo hace de manera inconsciente, movida por la teleología inmanente, que rige el cosmos.

Cuando el ser humano llega a la madurez de la vida, a sus potencias latentes, lo que era proyecto, capacidad subyacente, alcanza su punto álgido, su máxima realización. Sería un desperdicio infinito de tiempo que este proceso quedase en nada.

La única manera de que la madurez sea útil al Todo es ofrecerla a los demás. De un maestro maduro esperamos que enseñe a los novales sus conocimientos y pericia, cuando se encuentre en la plenitud de sus facultades. De los amantes maduros esperamos que den sus claves de amor incondicional a los jóvenes para que se nutran de esta experiencia; porque si, para evitar su pérdida, pretendiéramos guardarlo en secreto, seguro que lo extraviaríamos.

La paradoja de la madurez es que sólo se pierde lo que se intenta conservar; lo que se ofrece generosamente, permanece y subsiste con el paso del tiempo. Para llegar a la madurez hay que recibir mucho; para ejercer la madurez hay que aprender a dar mucho.

Infancia y juventud son etapas de recogida y aprendizaje: madurez y senectud son etapas de sembrar y enseñar. Sólo puede sembrar quien tiene fuerza y temple; sólo puede enseñar quien tiene conocimientos y pericia. No podemos esperar que un niño siembre, ni un joven enseñe.

Cuando la manzana cae del árbol deja de ser manzana como individualidad para descomponerse en el suelo; se transforma en energía creadora para tierra y árbol. El maestro maduro sobrevive al novel en la medida que ofrece experiencia y conocimientos ... así su paso por el mundo no habrá sido en vano. Pag 11-15.

1.2 Fragilidad de los padres mayores

De pequeños creemos que los padres saben todo, son omnipotentes y a su amparo estamos a salvo de cualquier mal; sentimos que estamos en buenas

manos, nos apoyan y quieren, velan por nosotros y nos defienden de potenciales enemigos.

Sin embargo, en la madurez aparece la decrepitud: nombres que se olvidan, llaves que se pierden, cosas que no se pueden hacer ... surgen limitaciones de todo tipo. Y en ocasiones las personas que las padecen no son conscientes de su fragilidad y proceso. Son momentos muy duros para padres e hijos, porque duro es limitar la autonomía de los padres, que puede llevar a un profundo sentimiento de culpa. Ver la debilidad de nuestros padres: extenuados, desorientados, dependientes nos causa profunda sensación de desamparo.

Sentimos su debilidad, teniendo que cambiar los papeles: ya no cuidarán de nosotros, sino nosotros de ellos. ¡Y no es fácil cuidar a alguien sin ofenderlo, ni humillarlo! Quien cuida no debe sucumbir al paternalismo y quien recibe cuidados debe evitar la arrogancia. Sin embargo, que se pierdan niveles de autonomía, no quiere decir que no puedan hacer ni decidir nada. Tratarlos como seres inertes es humillante; es anularlos, enterrarlos en vida; hay que evitar todo o nada, dejando margen a actuaciones y asumir riesgos.

El discernimiento de la autonomía de mayores y enfermos suele generar conflictos éticos y tensiones familiares. Los cuidadores deben procurar excelente conocimiento de la situación y tolerancia al riesgo; sin proyectar sentimientos ni preferencias; respetando sus decisiones, aunque sean opuestas a las nuestras; se den evaluar opciones con serenidad, anticipando sus consecuencias.

Dejarse cuidar es más difícil que cuidar. Admitir que no se puede hacer nada por sí mismo es muy duro para quien no tiene mermadas sus facultades mentales. Resulta vergonzoso pedir ayuda aun para operaciones simples, máxime en nuestro mundo que ha sacralizado autonomía funcional e independencia de acción; mostrar nuestra debilidad exige mucha humildad. Por tanto, es fácil la pérdida de autoestima, incluso sentimientos de inutilidad.

En cambio, dejarse cuidar resulta sencillo cuando el cuidador actúa con discreción, resuelve la necesidad antes de se necesite pedir ayuda y permanece atento a sus necesidades, anticipándose.

Cada etapa de la vida es un universo cerrado. Cuando nos hemos familiarizado con la juventud, no expulsan a la madurez de golpe, sin que nadie nos avise que hemos entrado en dicha etapa de la vida; sin juramentos, ni rituales, pero nos sentimos excluidos del segmento joven. Advertimos que ya no formamos parte de su comunidad, somos extraños para ellos; nos tratan como huéspedes, no formamos parte del grupo. Cuando hemos saboreado la belleza de la madurez, nos exilian a la vejez.

Bien es verdad que a veces pueden no corresponderse edad biológica y emocional, que nos hace estar en una etapa y participar de otra con sus ventajas e inconvenientes; con empatías y descolocaciones.

No podemos permanecer indefinidamente en una etapa de la vida o dilatarla. Las etapas pasan. Los ciclos recurrentes, sirven para la manzana,

pero las etapas de las personas pasan y no vuelven, se cierra el ciclo, son irreversibles. Nacerán otros seres humanos, que volverán a vivir las etapas por el mismo orden, pero nosotros ya no estaremos. Debe tranquilizarnos que otros vuelvan a nacer, ser niños, jóvenes, adultos y maduros. Si la vida fuera reversible, necesitaríamos ser amnésicos, porque lo aprendido y experimentado imposibilitaría el ciclo de niñez y de cada etapa; los conocimientos a base de experiencia imposibilitarían el regreso a infancia y juventud, aunque el cuerpo aparentara ser juvenil.

La persona madura no experimenta la vejez, porque no ha pasado por ella; en cambio puede comprender al niño y joven, porque ha pasado por sus etapas. Sólo el anciano, si tiene plena lucidez, es capaz de comprender retrospectivamente las figuras que le han precedido; sólo él tiene perspectiva completa, luces y sombras de cada etapa; ha desmitificado todo; ha deconstruido estereotipos y tópicos; ha vivido sus etapas, transiciones y rupturas.

En la madurez de la vida percibimos que los padres no tienen respuesta a todo; no son inmunes a enfermedad, fracaso, incongruencia, dolor y muerte. Incluso tendremos que responder a sus necesidades. En cierto modo nos vemos reflejados en sus rostros, manos y cuerpos inestables; advertimos la dureza del envejecimiento y el carácter irreversible del tiempo, que nos hace tomar conciencia del aquí y ahora del momento que vivimos y capacidades que aún podemos ejercer.

Sentimos gratitud por cuanto han hecho por nosotros; el deber de corresponder a esa entrega; el hombre maduro experimenta cuán duro es criar a los hijos, formarlos integralmente, afrontar vicisitudes y contrariedades sin rendirse; advierte cuanto hicieron por él, se siente en deuda; quiere que tengan una vejez plácida y serena.

En la madurez de la vida nos sentimos en deuda con nuestros padres; sin embargo, no podemos recompensarles, porque la existencia que nos han dado jamás podremos devolverla. Pag 17-23.

1.3 Contemplar cómo crecen los hijos

Quizás la experiencia más fecunda en la vida consista en contemplar el crecimiento de los hijos, que exige entrega. Es una felicidad inmensa verlos levantar vuelo, gozar de plena autonomía para emprender su vida con un proyecto singular. Nos llena de satisfacción constatar que los padres hemos tenido papel decisivo en sus logros.

El crecimiento de una persona es el resultado conjunto de intervenciones, fuerzas visibles e invisibles que actúan sobre su ser. Cuando el niño emprende vuelo y se convierte en gestor de su propia vida, los padres gozan al ver el deber cumplido.

Los hijos crecen, quieren ser tratados como adultos, pero aún no lo son. No es fácil encontrar el equilibrio. Existe riesgo de paternalismo y herir sus sentimientos; y existe peligro de tratarlos como adultos, cuando aún son

frágiles. Nos duele que caigan, que experimenten la dureza de la realidad; sin embargo, no es posible encauzar el camino a la madurez sin pasar por el espinoso puente de la decepción.

En la madurez los padres aprendemos que hay que dejarles hacer, que se equivoquen, naufraguen. Abrimos la jaula y ya no controlamos sus movimientos, idas y venidas. *Dejar hacer al otro* no es dejadez e irresponsabilidad. La relación transcurre entre palabras y silencios. Ellos advierten con más claridad que nunca nuestros defectos y limitaciones como padres.

En la familia conviven vida y muerte, abrazadas una a otra; la nieta irrumpe con fuerza en la vida, tiene el horizonte abierto de par en par; el abuelo percibe que se apaga, sin que nadie pueda detener su proceso, lucha contra su propia sombra, por subsistir un día más, que se desvanece por momentos. Pag 25-28.

1.4 Infinita densidad de cada instante

François-Xavier Nguyen van Thuan, obispo vietnamita de Nha Trang, pasó trece años en prisión, nueve en aislamiento. Había pasado media vida esperando su liberación y decidió no esperar más: viviría el tiempo presente llenándolo de amor. Se trataba de una convicción que había madurado toda su vida. Si pasaba el tiempo esperando, tal vez no llegara lo que esperaba; lo único que llegaría con toda seguridad sería la muerte.

La juventud es la edad de la espera; la madurez de la realización; la vejez del recuerdo. En el baúl del hombre adulto hay una montaña de sueños que sólo él conoce y conserva secretamente en su memoria emocional. Para que un sueño se realice no bastan voluntad e inteligencia; se necesitan ocasiones propicias, circunstancias externas de espacio y tiempo para conseguir su punto de ebullición.

La madurez vital es la etapa de la realización, como la manzana alcanza su máximo esplendor; momento esplendoroso que no es casualidad, sino resultado de largo itinerario, trabajo fatigoso y dones, que han moldeado y transformado el propio ser. Si se coge pronto aún está verde; un poco después se ablanda y pierde color y textura. La madurez dura un tiempo determinado en cada ser humano. Algunos llegan antes que los demás, debido a vicisitudes que han vivido; otros llegan tarde; y otros ni siquiera llegan.

El hombre maduro se da cuenta de lo que quiere ser, tener y de las aspiraciones que no ha culminado, que en el caso de que se hubieran realizado habrían seguido caminos distintos a los imaginados; la realidad trasciende la imaginación, la imagen mental choca con la cruda realidad. El hombre maduro es consciente de cuanto ha conseguido y realizado en su vida y de agradecerlo a quienes lo han hecho posible; tiene conciencia de logros y frustraciones.

La madurez no es la edad de los sueños rotos, sino de los sueños despiertos. Espera, proyección hacia el futuro y vivencia del presente coexisten. Se adivinan futuros plausibles; se disfruta cada momento que ofrece la vida, saboreándolo; se ama y pone el corazón en cada uno de ellos.

Imaginamos el sueño diurno con claridad y lucidez mental; conocemos sus obstáculos y dificultades, con los pies en tierra, sin estar en las nubes. En esta etapa de la vida hay anhelos de futuro y se aprende a valorar cada momento, situación y día que se vive.

Lo único que esperamos con seguridad es la muerte, cruda certeza que se revela en su dimensión real y próxima en la madurez. La madurez es la edad de la realización. La conciencia del paso del tiempo crece en su interior; se percata de que si no es esfuerzo, no conseguirá sus sueños; una voz en su conciencia le dice: ahora o nunca.

La juventud apunta hacia el futuro; la ancianidad hacia el pasado; el joven dice *lo haré mañana*; el anciano, *ahora o nunca*. Disyuntiva que lo pone entre espada y pared; sabe que ahora tiene fuerza para afrontar retos difíciles, pero no sabe cuánto durará ese vigor. Por lo mismo, la madurez es la etapa de la realización; de realizar lo que se tiene en el corazón. Cuando el principio de realidad se impone, se esfuman castillos y princesas.

Hacer realidad ideales, expectativas y anhelos de juventud resulta frustrante, por la distancia infinita entre los anhelos del corazón y sus realizaciones prácticas. El deseo siempre trasciende a la realidad; el anhelo de totalidad, perfección, Absoluto nunca se concreta en realidad histórica; siempre hay ausencia, falta de algún elemento. Cuando nuestros sueños se concretan, irrumpe la realidad con sus ambigüedades y contradicciones.

El obispo vietnamita, que quería vivir cada minuto como si fuera el último de su vida, se veía obligado a abandonar lo accesorio, a concretarse en lo esencial. Cada palabra, gesto, conversación, decisión ... eran lo más bello de su vida; obsequiaba a todos con su amor y sonrisa, porque tenía miedo de perder el tiempo viviendo sin sentido. Su propósito expresa el fundamento de la vida madura: aprender a desprenderse de lo accesorio e irrelevante para la vida de uno mismo; discernir las cosas con firmeza y tratar de vivir sólo lo esencial. La conciencia de limitación del tiempo, la experiencia de la muerte en personas de la misma generación y el advenimiento de la decrepitud, hacen posible este cambio cualitativo en la vida humana.

Vivir cada minuto como el último de nuestra existencia significa ser consciente del infinito valor que tiene cada instante. Vivir con esta conciencia es introducir en la vida diaria seriedad infinita. El hombre maduro busca lo esencial y se desprende de lo efímero, estúpido e insustancial. Aprende a decir no sin tener que mentir ni elaborar grandes circunloquios; no pretende quedar bien con todo el mundo; no afronta batallas perdidas de antemano; calcula y dosifica la energía que le queda; valora encuentros y relaciones personales; separa grano de paja; huye de estupidez y charlatanería ...

Con el tiempo disuelve frivolidad e impone seriedad; toma conciencia que no puede estar en todas partes; ni agradar a todos; no puede compartir su vida con todos; no puede conocer a todas las personas; no puede ejercer todos los oficios; no puede desarrollar todos los proyectos ...

Aprende a renunciar; a estimar su propio ser; a desarrollar lo que sabe; se dedica a las personas que le rodean, a sus allegados, sin pretender cambiar a quienes le acompañan; aprende a distinguir entre lo susceptible de evolución y lo imposible; no malgasta sus fuerzas; sabe guardar sus energías para aplicarlas en lo que pueda transformar y mejorar; se preocupa más de limar sus defectos y corregir sus obsesiones que de criticar mezquindades ajenas.

Toma conciencia de que la vida es el segmento efímero y voluble, que transcurre entre el silencio de antes de nacer y el de después de morir. Entre cuyos silencios espectrales el ser humano transita por un universo, sumido en un ruido ensordecedor. Cuando llega a la madurez aprende a disfrutar de lo que le ofrece la vida a cada momento; lo que le lleva a buscar instantes de silencio, que le permitan descubrir lo esencial. Pag 29-36.

1.5 Valor de la repetición

La vida es repetición de rituales, ceremoniales diarios y cíclicos. Sin embargo, la repetición no es pura reiteración de lo mismo. Cada amanecer es diferente; el aire de cada día es distinto; un día hace frío y otro bochorno; a veces el cuerpo nos vuela y otro nos pesa como plomo. La vida es repetición, lo que no significa tedio, monotonía y aburrimiento. La repetición incluye novedades, que no siempre somos capaces de verlas, disfrutarlas y festejarlas. Si prestáramos atención las advertiríamos con claridad.

En una mesa, los comensales pueden ser los de siempre, pero algo cambian respecto de ayer. La repetición de rituales aporta seguridad, estabilidad emocional y tranquilidad mental. Se sabe lo que vendrá; permite desconectar mentalmente; reproducir movimientos habituales sin esfuerzo; ahorro energético en la reiteración; posibilita dedicar energías a otras actividades ... Los hábitos de higiene se repiten a diario, pero nuestros pensamientos durante los mismos son diferentes; el recorrido al trabajo es el mismo, pero emociones y pensamientos son diferentes.

Repetimos horarios, colas, entradas, salidas; estamos en los mismos lugares; decimos lo mismo al llegar y despedirnos; sin embargo, nuestra vida interior nunca es idéntica a sí misma. Su riqueza consiste en que no se advierte de inmediato, hay que observarlo repetidamente. El cuento narrado tiene la misma historia y poder transformador; pero al escucharlo nuestra mente advierte un detalle que no había percibido antes, que supone determinado movimiento, reacción, inadvertidos antes. La narración repetida día tras día abre nuevos campos de significado, rutas hermenéuticas, que con diferentes oyentes, adopta la forma de los recipientes.

La repetición es valor a la baja en nuestra sociedad, porque ésta necesita cambio, mutación y movimiento; la repetición de lo mismo cansa, agota, fastidia; se cotiza novedad, sorpresa, diferencia, que atraen por su exotismo, imprevisibilidad y seducción. La novedad genera tensión, crea un universo de expectativas, excita intelectual y emocionalmente. En cambio, la repetición suele vivirse como función mecánica y fatalidad; causa asfixia mental sabernos

constreñidos en una fecha determinada, dónde pasaremos los próximos veinte años, con quién cenaremos las siguientes navidades, con quién dormiremos el resto de nuestra existencia ...

La vida de cada ser humano puede descomponerse en un sin fin de rituales diferentes de hogar, trabajo, vacaciones, fiestas ... Incluso cada día tiene un sinfín de rituales: matinales, de mediodía, vespertinos, nocturnos, de sábados, domingueros ... El tiempo que dedicamos a los rituales es mucho mayor de lo que pensamos *a priori*; en cambio, nuestro tiempo para novedad, sorpresa y excentricidad es muy pequeño.

Lo sorprendente es que la novedad nos trae una relación dialéctica: nos fascina, porque representa algo desconocido; nos asusta, porque vemos amenazado nuestro cosmos cotidiano; nos da miedo, porque puede contener un caos imposible de domesticar. Por contraposición a ritual, anhelamos novedad, cambio de papeles, escenarios, movimientos, gestos, voces, paisajes, porque excita nuestra curiosidad y nos hace sentirnos vivos. Pero costumbre y tiempo lo normalizan a la repetición.

Al comenzar una nueva relación todo es nuevo, causa sorpresa, carecemos de la medida de movimientos, manías y obsesiones del otro; pero con el tiempo la novedad disminuye: el otro deja de ser extraño y se convierte en previsible. Somos seres rituales. Cuando nos cansamos de un ritual, relación, trabajo, ciudad, oficio ... buscamos la novedad, porque necesitamos aire nuevo; pero después nos habituamos al nuevo ritual.

La búsqueda patética de novedades, estímulos y atracciones nos caracteriza como sociedad. Sin embargo, la novedad acaba frustrando ... teniendo que recurrir a otra novedad ... Vivimos mendigando novedades; nos convertimos en buscadores voraces de novedades, consumidores de rituales. Ciclo que se repite indefinidamente.

El descrédito de la repetición y el anhelo de novedades tal vez tengan origen en que no somos capaces de descubrir el valor intangible de la repetición: la novedad y virtudes, que oculta su interior.

Los clásicos decían *repetitio mater studiorum est*. Sólo repitiendo el mismo gesto, movimiento, lección, cocinado ... somos capaces de adquirir experiencia, mejorar, perfeccionar, avanzar. Lo cual sólo es posible, si en cada repetición hay aprendizaje de los errores cometidos. Si la repetición es amnésica, sin evaluar los efectos que ha tenido, tal repetición carece de valor y se convierte en ceremonial estúpido. La repetición es valiosa cuando nos permite aprender, mejorar, perfeccionar arte, técnica, resultados, rendimiento ...

La repetición es el camino de la excelencia. No aprendemos de golpe, ni tenemos el don de la inmediatez. Aprender requiere repetición. El dominio que aporta la repetición, resultado de muchos contextos y situaciones diferentes, no lo garantizan títulos académicos. La repetición nos hace crecer, mejorar, desarrollar potencias latentes de nuestro ser. La semilla no se convierte en

árbol inmediatamente; necesita repetición de muchos elementos: sol, agua, viento, frío, calor, cuidados de jardinero ... El libro no es un acto inmediato.

El mito de Sísifo, que repite el gesto de subir una y otra vez a la cima con la piedra a cuestas con la esperanza de conseguir su ideal, encarna la repetición.

En la madurez de la vida descubrimos que la existencia es repetición y la felicidad está relacionada con ella. La repetición es la nueva categoría a descubrir, Sören Kierkegaard, La repetición.

La repetición no es algo nuevo, pero tampoco es el retorno de lo mismo; es una categoría dialéctica. Desde la mirada superficial es absolutamente igual, pero en la profundidad todo ha cambiado. Y eso es lo que cuenta. La repetición es valiosa cuando se trascienden las apariencias, la costra de acontecimientos y se comprende el fondo de las cosas. *Quien quiere la repetición ha madurado en la sociedad*, Sören Kierkegaard, La repetición. Cada repetición es una ocasión para llegar al fondo, perforar apariencias y penetrar en el corazón del misterio; es un acto de trascendencia, ir más allá, cruzar un límite, una frontera, es una elevación. Cada vez que un caminante da un paso para subir a la cima repite el mismo acto, pero cada paso se eleva un poco más, tiene mejor visión, eleva la mirada. La repetición de la zancada no le deja en el mismo sitio, le permite más perspectiva, panorámica más completa.

Repetir es reanudar. Reanudar una conversación es una ocasión para corregirla; la posibilidad de retornar tranquiliza, porque hay margen para rehacer, restaurar, hilar más fino; jugarse algo a todo o nada es angustiante; en cambio, disponer de más ocasiones para intentarlo, más encuentros, para corregir y limar asperezas, proporciona paz y serenidad. Sin repetición no sería posible el perdón, porque sin nuevo encuentro es imposible el milagro de la reconciliación.

La repetición pertenece a la categoría de la libertad. Sin libertad, la repetición sería una fatalidad cósmica, suplicio que no acabaría nunca, que volvería una y otra vez sin novedad, sin ofrecer oportunidades. El drama se da cuando un miembro de la relación no quiere repetir el encuentro, ya que imposibilita la reanudación. De ahí la importancia de la repetición del encuentro, que propicie la reunión. Una palabra nueva, un nuevo movimiento, un gesto de arrepentimiento en la repetición del encuentro es capaz de reanudar el vínculo, incluyendo una novedad en la repetición.

Opiniones contrapuestas: *La repetición es circular; todo vuelve una y otra vez sin alteración*, Friedrich Nietzsche. *En la repetición todo vuelve, pero no es exactamente lo mismo, porque en las profundidades atesora una novedad, que sólo se advierte desde dentro*, Sören Kierkegaard. El esquema kierkegaardiano es helicoidal: cada retorno supone crecimiento, paso a la madurez, inmersión en la profundidad, ocasión para disfrutar del don de la vida, oportunidad de existir.

Si el encuentro se repite posibilita arrepentimiento, comenzar de nuevo, liberarse de la servidumbre del pasado. En cada instante hay un eco de eternidad, una ocasión para rehacer el pasado y construir un futuro nuevo, un

marco de relaciones diferente. La repetición es una categoría que se centra en el presente; en el valor de aquí y ahora; el recuerdo proyecta hacia el pasado a través de la memoria. Vivir de manera plena exige el valor de la repetición, asumir con gusto la reiteración. La vida desgraciada se construye sobre el recuerdo; se limita a repetir mentalmente episodios bellos y rememorados sin valorar la gravedad de cada presente, encuentro y nueva situación.

Repetición y recuerdo son un mismo movimiento en sentido opuesto; el recuerdo repite retrocediendo; la repetición recuerda avanzando. Todo ser humano puede desarrollar los tres movimientos: recuerdo, proyectando hacia el pasado; esperanza, proyectando hacia el futuro; repetición, vivencia plena en el presente.

La esperanza es un vestido nuevo, almidonado, ceñido y reluciente, que aún no hemos estrenado; no sabemos cómo nos quedará. El recuerdo es un vestido, que por más bonito que sea, no podemos volver a usarlo, pues se nos ha quedado pequeño. En cambio, la repetición es un vestido que no se gasta, se nos ajusta firmemente y con ternura, sin estrecharse ni arrugarse nunca, Sören Kierkegaard.

En la vida del hombre maduro existe un tiempo para recordar y un tiempo para repetir. El tiempo de la juventud es de apariencia; el de la ancianidad de recuerdo; el tiempo de la madurez es de repetición, vivir cada instante como ocasión única e irrepetible; es la conciencia de que cada momento cuenta, cada inspiración de aire supone un don.

El atractivo de la repetición no consiste en la novedad, sino en volver a disfrutar de lo que ya se conoce. Quien quiere la repetición disfruta del regreso de la belleza y aprende a aceptar el sufrimiento y soportarlo con valor.

La repetición consiste en amar la vida tal cual es, bendiciendo cada encuentro como ocasión para conocer más al mundo y a nosotros mismos. *La repetición hace feliz al hombre, siempre que sea posible. La recreación de los recuerdos lo convierte en ser desgraciado, viviendo anclado al pasado y convirtiéndose en espectro de sí mismo,* Sören Kierkegaard. La repetición consiste en vivir cada instante como si fuera único, como átomo de eternidad y ocasión para trascender el tiempo.

El único amor feliz es el que se basa en la repetición, Sören Kierkegaard. Repetición de gestos, palabras, silencios y miradas que se reiteran en el tiempo. Repetición que es camino de felicidad; camino, que no es fácil, porque nos exige mucho de nuestra parte. La repetición es bálsamo para el alma. Saber que volveré a ver y abrazar al ser amado proporciona serenidad al alma. Si los amantes pensaran que sólo disponen para expresar y vivir su amor de una sola noche, caerían en la desesperación, no podrían soportar ese horizonte. El amor que hace feliz es fiel en el tiempo y se repite en un sin fin de rituales, que nutre su relación.

Hay muchos pretextos para huir de la repetición: miedo a aburrimiento; monotonía; búsqueda de nuevas sensaciones y novedades; mariposear sin llegar a profundizar en nada ... Sin embargo, *La belleza de la vida reside en la*

repetición, Sören Kierkegaard. La belleza que causa verdadero placer es la que se repite, saber que continuará allí para contemplarla de nuevo.

En la repetición se advierte la belleza que ofrece la realidad. La fascinación tiene la fuerza de la inmediatez, acapara los sentidos y ciega la vista; la belleza se saborea en la repetición de volver a experimentar la belleza de la vida. *Quien ha escogido la repetición vive en el ahora*, Sören Kierkegaard; vive de lo que ve, siente y padece ahora. La repetición significa degustar la liturgia de cada momento presente sin escapar, sin salirse por la tangente. *Es el pan de cada día, que sacia con su sola bendición*, Sören Kierkegaard.

El hombre que descubre el valor de la repetición, la sabiduría que hay en la repetición, *no corre ya como un chiquillo detrás de las mariposas*, Sören Kierkegaard; disfruta de lo que es y tiene; goza con cada retorno y no desespera en busca de lo imposible.

Finalmente, la repetición es elemento básico para vertebrar la propia identidad. En el desarrollo personal hay fugas y excentricidades. Somos seres repetitivos. En los pequeños rituales nos reconocemos y nos reconocen los otros. Habitualmente repetimos los auténticos latidos de nuestro ser; hablamos repetidamente de lo que nos apasiona; leemos autores que nos conmueven; buscamos determinados paisajes para saciarnos, escuchamos determinada música ... Los paisajes revelan nuestra identidad; lo que más dice de nosotros es lo que repetimos espontáneamente sin influencias ni fuerzas mayores.

Sin embargo, hay experiencias, como el enamoramiento que nos descentran, sacándonos de nosotros mismos, alterando nuestros rituales y costumbres; el alma queda secuestrada por una fuerza mayor, un embrujo le hace salir de sí misma, la conmueve y altera profundamente. El yo escapa de sí mismo, se proyecta hacia el otro, altera sus dinámicas y hábitos; sus rituales diarios se desordenan; pierde el control mental y emocional; se altera sueño, actividad laboral, tiempo libre, concentración, ritmo cardíaco, hilos de pensamientos y emociones. El enamorado está fuera de sí y no sabe cuándo volverá.

Hasta que no sea capaz de distanciarse de tal pasión y regresar a su yo, no se reconocerá a sí mismo, ni lo que diga o haga; será un extraño para sí mismo y para quienes le conocen bien. La repetición nos permitirá decir: *Vuelvo a ser yo mismo. La máquina se ha puesto en marcha. Los hechizos en los que me había enredado, han sido deshechos; la fórmula mágica que se había transformado en sortilegio en mi interior, impidiéndome regresar a mí mismo, está desactivada*, Sören Kierkegaard.

Por otra parte, este retorno no supone nunca volver a ser quienes fuimos anteriormente. El viaje ha hecho crecer al yo en experiencia y le ha proporcionado solidez. Vuelvo a ser yo mismo, pero ya nunca seré el que era, porque la experiencia vivida me ha transformado y cambiado, me ha permitido profundizar en el misterio de la vida.

La repetición no es el retorno de lo mismo, sino retomar el vínculo de unión con uno mismo y mundo, agrandado ahora por la experiencia que se ha vivido. Pag 37-58.

1.6 Pensamiento de la muerte

A medida que llegamos a la madurez es más frecuente pensar en la muerte. El niño casi no piensa en ella, pues vive el ahora. *La muerte siempre es una posibilidad para todos y vivimos en presencia de esta posibilidad.* Thomas Merton, Conjeturas de un espectador culpable.

Si el ser humano es un valor absoluto, la muerte no puede ser más que una tragedia absoluta; cuando muere un ser humano, el mundo cambia y pierde algo de infinita valía, Leszek Kolakowski. *La muerte hace acto de presencia en el momento menos indicado, pasa sin permiso y se lleva a nuestros seres queridos de manera completamente arbitraria,* Albert Camus. Como consecuencia, experimenta una crisis espiritual, inmenso sentimiento de soledad cósmica. Sus convicciones morales y religiosas entran en contradicción con los hechos. Se percata que los proyectos no tienen por qué culminarse necesariamente; las maldades de la vida afectan indiscriminadamente a malvados, buenos e inocentes. Como Job, se siente injustamente maltratado por la vida y busca explicaciones.

La muerte, acontecimiento inexorable de la vida humana, es signo inequívoco de la finitud del ser humano, que se orienta a ella desde su nacimiento y cuando recibe su visita muere irremediabilmente.

El ser humano es un ser en proceso que difícilmente se adecúa a las definiciones estáticas e inmutables sobre su naturaleza. *El trazado de la vida humana no tiene carácter de mera trayectoria, como un cuerpo que se mueve en el espacio. Es la vida la que tiene un camino, que consiste en vivir en secuencia ... Ahora bien, un camino lo es porque conduce desde un punto de partida hacia algo. Hay, pues, que precisar hacia qué va dirigido el camino, sin lo cual no habría camino, sino pura trayectoria,* Xavier Zubiri, Sobre el hombre.

En la madurez, el ser humano experimenta con más intensidad la fuerza implacable de la muerte y se percata que la vida no puede concebirse desde la lógica de cálculo y proporcionalidad; toma conciencia de limitación temporal, arbitrariedad de los hechos y perverso juego de suerte y desgracia sin lógica ni racionalidad. Percibe que se le ha concedido el don de la existencia, don tan valioso como frágil. *Aunque no se tenga libertad para elegir no morir, uno siempre es libre de hacer lo que quiera con una vida, que tiene que acabar en la muerte. Fingir que vive como si la muerte no pudiera tocarlo no es hacer uso humano y racional de la libertad. De hecho, una libertad así, carece de sentido, porque es un engaño,* Thomas Merton, Conjeturas de un espectador culpable.

En la madurez se empieza a entender la categoría del *entretanto*. Uno se percata que no estará siempre y no siempre dispondrá de la misma salud, trabajo, responsabilidad, amigos ... Aprende a valorar lo que tiene, es y

disfruta, *mientras* está en sus manos. Capta con lucidez que la vida humana no es un debate entre todo y nada, ya que rara vez se tiene todo, y hay que disfrutar de lo que tengamos, *mientras* dispongamos de ello. *Todo se escapa: el tiempo, la vida y estos cuerpos diferentes que sentimos o estos pensamientos que nos conmueven que tal vez no sean más que ilusiones parecidas al devenir del tiempo y los fantasmas absurdos de nuestros sueños*, Blaise Pascal, Pensaments.

Cuando el hombre maduro centra su atención en la muerte, se percata que todo se escapa, suscitando una terrible angustia. *Todo lo que poseemos se escapa*, Blaise Pascal, Pensaments. Hay cuatro posibles formas de afrontar esta experiencia.

a Evasión y autoengaño. El hombre maduro no combate el pensamiento de la muerte, huye de él en cuanto aparece.

b Desesperación. El hombre maduro se hunde en el abismo de la nada.

c Aceptación forzosa. El hombre maduro acepta la naturalidad de la muerte, que las cosas son así, con indignación e ira,

d Espera contra toda lógica. El hombre maduro espera contra toda esperanza que no todo se disolverá, ni será aniquilado. Cree y espera disfrutar de una vida nueva y espiritual tras la muerte. Tiene confianza en las palabras del Salmo: *El amor es más fuerte que la muerte*.

Cuando preguntaron a San Carlos Borromeo qué haría si supiera que moriría una hora más tarde, respondió: *Haría especialmente bien lo que estoy haciendo ahora*. El hombre maduro no necesita hacer excentricidades para dar sentido a su vida; no se fuga de la muerte cuando hace acto de presencia; vice lo que hace con total entrega. Lo que supone la superación de la angustia, el afán de seguir pedaleando. La sensación de transitoriedad aporta algo muy positivo en sí mismo: la conciencia, cada vez más clara de lo que no pasa, de lo valioso en sí mismo. Y no hay nada más valioso que hacer bien lo que se está haciendo. Pag 59-65.

2 Edades de la vida

2.1 Infancia: acogida original

La situación en el seno materno es de urdimbre total. El útero es su casa, refugio, primera acogida, donde necesita permanecer hasta salir al mundo, protegido de intemperie, maldad, alimentado y creciendo su ser.

Existo porque soy acogido o, dicho de otra manera: *acogido, ergo existo*. Abocado al mundo no podría llegar a convertirme en lo que estoy destinado a ser. Existo, porque alguien vela por mí, me alimenta, protege, me pone a resguardo, me cede un espacio de su ser para crecer en todas las dimensiones, para que yo pueda extender mi propio ser. La primera acogida, vivida de forma inconsciente, es el seno materno.

Con el nacimiento se produce la primera ruptura y crisis, la irrupción en el mundo de un ser único e irrepetible. El hijo no es extensión de sus padres, prolongación de sus sueños, su propiedad. Necesita los cuidados y protección de los padres para convertirse en lo que está destinado a ser; pero no es una cosa, objeto o propiedad privada. Es un ser destinado a hacer de su vida proyecto singular, realidad emergente; sin embargo, debido a su extremada vulnerabilidad, si no es acogido y cuidado desde el primer momento de su constitución, no puede progresar, ni desarrollarse. Vulnerabilidad, que le acompañará toda su existencia, volviendo a percibirse de nuevo en máximo grado en la ancianidad.

La vulnerabilidad es la clave de la existencia humana; lo que no significa ser consciente de la propia vulnerabilidad. El niño ignora que es vulnerable, pero el anciano con plenitud de facultades mentales sí percibe su vulnerabilidad, siendo consciente de los límites y limitaciones de su ser. La sabiduría mantiene estrecho vínculo con ancianidad y esta consciencia.

El niño es una novedad en la historia, que vivirá cada etapa de la vida a su manera, de acuerdo a su propia naturaleza; no es un proyecto de persona; es *ya una persona* de carne y hueso; no es un prólogo de hombre maduro. La persona es un ser dinámico, que se transforma y crece a través de las vicisitudes de su existencia. Cuando el niño deja de ser niño, será otro, sin dejar de ser quien es. Esta correlación entre lo que permanece y cambia resulta esencial para comprender la condición humana. El hombre permanece a lo largo de la vida y al mismo tiempo cambia, se transforma, no volviendo a ser el que era. Siempre se mantiene algo que liga los diferentes episodios de la vida como integrantes de un mismo argumento, pero a su vez hay muchos elementos que cambian y se transforman.

El niño tiene miedo a nacer, al trauma de ser abocado al mundo. La nostalgia del seno materno persiste en el corazón humano a lo largo de su existencia. Existe un deseo de regresar al seno materno, a la protección originaria, a resguardo del mundo, Sigmund Freud. Al nacer es expulsado, jeté au monde, Jean Paul Sartre. Esta expulsión es causa de sufrimiento y provoca

un choque terrible; sus consecuencias son: lamento, grito, lloro; pero no hay marcha atrás, no es posible permanecer indefinidamente **en el confort** del seno materno. Al ser expulsado el niño necesita que alguien vele por él, cuide su pequeño ser, porque es frágil y vulnerable; si nadie respondiera el niño moriría. Sobrevive porque alguien es sensible a su lamento y lo acoge.

Entre la primera acogida y la intemperie del mundo el niño necesita un entorno de bienvenida cálido, confortable, donde aprenda a desarrollarse y orientarse sobre su existencia. Este ámbito es el hogar: espacio físico, afectivo, emocional ... es el segundo útero.

El niño se encuentra abocado a un mundo que no ha escogido y a una existencia que no ha elegido. Tendrá que escuchar su voz interior para discernir su vocación en el mundo; descifrar signos y símbolos que le rodean; crecer imitando a sus referentes ...

Todos éramos al nacer vulnerables y miméticos. Repetimos lo que vemos en las personas de nuestro entorno; aprendemos por imitación; inconscientes, asumimos hábitos y signos, que configurarán nuestra propia identidad personal. Sólo en la madurez somos capaces de cuestionarnos el porqué de lo que hacemos, imitamos y si tiene sentido seguir haciéndolo. El adulto también es mimético; sin embargo, al contrario del niño que imita instintivamente, tiene capacidad de interrogarse qué motiva su imitación.

En la niñez mitificamos a los padres, considerándolos seres excepcionales, omnipotentes e inmortales; el niño no piensa que sus padres pueden equivocarse, fallar, errar o fracasar; los padres significan autoridad, protección y donación absolutas. La adolescencia aporta el proceso de desmitificación. Simbólicamente, el niño deberá **anular** a sus padres para afirmar su singularidad y enfrentarse con el superego paterno; sentirá necesidad de romper el cordón umbilical; descubrir el mundo, explorar la realidad más allá del hogar; todo lo cual será decisivo en su formación como ser humano.

El mundo es extraño para el niño; necesita referentes y lenguaje. Los padres traducen al niño el significado del mundo, se convierten en intérpretes para que el mundo les resulte inteligible; le ofrecen atmósferas de amor y asentimiento constantes; confianza, acogida y calidez indispensables para el crecimiento equilibrado del hijo. Mediante este proceso adquiere la conciencia de ser amparado. Después descubre que tampoco sus padres lo entienden del todo.

Por otra parte, las heridas de falta de padre o madre dejan huellas difíciles de curar. Su muerte supone tal ruptura que rompe con la experiencia originaria de sentirse amparado, se siente por primera vez perdido en el inmenso caos del mundo.

El niño va adquiriendo autonomía y delimitando las fronteras de su personalidad. Toma distancia del entorno que lo ha protegido; penetra en el mundo exterior; sale de su zona de confort; ve cómo se erosionan su inocencia y espontaneidad. La auténtica crisis que acaba con la infancia es el desvelamiento de la propia personalidad, al que se llega con la conciencia de

ser alguien diferente de los demás. El ser descubre su yo; se percata de ser diferente; no es una gota al margen en la vida de sus padres. Separación mental que supone el descubrimiento de la individuación; se percata de que es un individuo separado; tiene conciencia de existir y contar con naturaleza propia. El nacimiento del joven se produce cuando el niño marca distancias, acentúa su individualidad, se revuelve contra la autoridad y desconfía de lo que dicen otros.

El objetivo es distinguirse de los demás; situarse en el mundo como persona libre y responsable; tener juicio propio sobre el mundo; ocupar determinado lugar en él. El joven no quiere ser prolongación de los genes de sus padres; quiere ser él mismo y que todos sepan que es diferente. Pag 69-75.

2.2 Juventud: la edad de soñar

Para advertir la realidad de la juventud es esencial alejarse de visiones tópicas y estereotipos de esta etapa, enraizados en el imaginario colectivo. Las representaciones de la condición juvenil no expresan la complejidad, ni pluralidad, que la constituye; se confunde parte con todo; se hacen juicios de valor a partir de fragmentos o tópicos, que no representan la realidad juvenil **de conjunto**. Un gran segmento de jóvenes no se reconoce en sus representaciones públicas y audiovisuales; no les gusta cómo se los presenta en la publicidad y cultura audiovisual de masas; los tópicos velan la realidad.

La juventud es la etapa de transición en la que adolescentes y jóvenes *adquieren recursos y desarrollan capacidades, que les permitirán la conquista progresiva de los espacios de autodeterminación individual*. Es la etapa en la que el ser humano consigue espacios de autonomía progresiva, capacidad efectiva de ejercitar derechos, que les permiten, facilitan aproximación sucesiva a la *ciudadanía plena*. El tiempo de la juventud es el futuro; el campo de posibilidades inéditas; el ámbito, donde podrían concretarse sus expectativas. El futuro se vive como horizonte de plenitud; no es fatalidad, ni guion escrito en tiempos pretéritos; todo permanece abierto.

La juventud es un anhelo, una mirada hacia fuera de la presión de la coacción externa, Ernest Bloch. El joven siente que el futuro es la tierra de libertad, liberación total y plena de fuerzas y poderes, que lo alienan y mantienen subyugado. El mundo de los adultos es contemplado como prisión, jaula de coacción y censuras. El joven necesita transgredir para afianzarse, alzar vuelo, experimentar en su propia piel.

En la sustancia juvenil se mezcla esperanza de futuro y anhelo de transformación. El joven no quiere repetir la vida de sus padres; no quiere aclimatarse al mundo para adaptarse sin mediar palabra; siente verdadero anhelo de cambiarlo. *El joven se ve empujado por el deseo de vivir una vida de adulto totalmente transformada ... Cree tener alas y que todo lo justo y cierto espera su tempestuosa llegada y será conformado a través de ella, o como mínimo, liberado por ella*, Ernest Bloch, El principio de esperanza. Para el joven la

vida significa *el mañana*. El mundo representa un *lugar para nosotros*. El futuro es el reino de las posibilidades, donde hacerse realidad anhelos, sueños; no hay miedo al mañana, porque el joven se siente confiado y capaz, empujado por su aliento vital.

La buena juventud persigue siempre las melodías de sus sueños y de sus libros, Ernest Bloch, El principio de esperanza; carece de la experiencia del principio de realidad; cree que podrá hacer realidad sus sueños. **Pero ...** la burbuja de protección explota en mil pedazos y se percata de la dureza de la vida; advierte que el mundo no es ordenado y lógico, sino caos de acontecimientos, duro combate de supervivencia. *Juventud y movimiento hacia adelante son sinónimos; quietud y pasividad no se corresponden con la condición juvenil, porque todo en ella revela fuerza, anhelo, voluntad de transformación, movimiento hacia lo que resulta difícil ... El joven se encuentra en discordia con el mundo cotidiano y lo combate*, Ernest Bloch, El principio de esperanza. El joven anhela mundo nuevo y tierra nueva y acusa a la generación precedente por la devastadora herencia que le ha dejado.

A la juventud le corresponde el gesto de la revuelta; plantar cara a los mayores; hacerlos responsables de los males y creer con fuerza e ímpetu que podrá enderezar el mundo torcido. Cuando se ve incapaz de cambiar la realidad, la injusticia del mundo, hacer realidad su utopía, desaparece. Entonces queda un hombre gastado por la vida, escéptico, cansado de todo y evasivo, que huye de la realidad para olvidar el mundo en que vive y la dureza que le rodea.

El paso de infancia a juventud lo sella la crisis de la adolescencia. Es preciso asumirla, porque su transformación en la persona es integral; afecta hacia dentro y hacia fuera; a su dimensión interior y exterior; a los vínculos forjados y a la orientación de su existencia. Su paso evidencia la potencia que alberga su ser, pero no carencias y limitaciones.

El carácter básico de la juventud lo determinan dos elementos: uno positivo: fuerza de ascensión de la personalidad que se acentúa y vitalidad que se abre camino; otro negativo: falta de experiencia, por lo que cae, se hace daño, choca con los cantos de su ser hasta constatar **y determinar** sus fronteras naturales.

El joven tienen la sensación de que el mundo está infinitamente abierto y nuestra fuerza es ilimitada; lo que evidencia una actitud hacia el infinito: todo es posible, todo está por hacer; no hay fronteras, ni techos. Lo que manifiesta pasión por pureza, ideal; convicción de que las ideas verdaderas y actitudes justas son capaces de cambiar la realidad y configuración inmediata. Sin embargo, le falta experiencia en la vida, que sólo se atesora mediante tiempo, sufrimientos y frustraciones. Experiencia, que significa ponderar, discernir, decidir y actuar responsablemente.

El joven sólo puede crecer y madurar si experimenta el conflicto de la vida; si choca con el principio de realidad y capta la esencia de las cosas. El aislamiento del mundo real, de la cruda historia con sus sombras y juegos

perversos, lo destina a vivir en un mundo ficticio, sólo existente en el imaginario. A la juventud le falta conocimiento de relaciones auténticas, medida realista de lo que un hombre puede hacer solo; le falta conocer la inaudita tenacidad del ser y la resistencia que opone la voluntad; le falta acceder a la paciencia, virtud que sólo se aprende con años y a regañadientes.

La juventud sobrevalora la fuerza de la idea, por lo que se sume en juicios maximalistas. Su ética consiste en la valentía de ser uno mismo, reivindicar la propia persona y responsabilidad. Quiere ser él mismo, afirmarse en su libertad. Su mayor peligro es caer en impersonalidad y anonimato. La estructura de esta fase de la vida implica pureza de modo de ver; pasión por idea; carácter incondicional de la firmeza. Pero aún no sabe cómo es la vida, ni cómo funciona, porque no tiene capacidad interior de ver y asimilar lo visto.

Los jóvenes son confiados, ya que todavía no han sufrido muchos engaños. Igualmente esperan con buena fe. En realidad están como embriagados. Tienen un ardor, que procede de la naturaleza, ya que no han sido golpeados por muchos fracasos. La mayor parte de su vida está llena de esperanza, puesto que la esperanza se refiere al futuro, mientras que el recuerdo se refiere al pasado y para los jóvenes el futuro es ciertamente extenso, en tanto que el pasado es breve. En efecto, el primer día de vida no hay nada que recordar, mientras que sí hay muchas cosas que esperar. Por tanto, son fáciles de engañar, ya que esperan con facilidad ...

Los jóvenes son magnánimos, porque todavía no han sido abatidos por la vida ni han experimentado la urgencia de las necesidades y se consideran a sí mismos dignos de grandes cosas, Aristóteles, Retórica. Esperan de buena fe y confían en sí mismos y en los demás. La entrada a la madurez de la vida está precedida por la experiencia del desengaño. Este desengaño, fruto de traiciones y las infidelidades sufridas, puede conducir a una persona a amargor y cinismo, pero también puede ser motivo de aprendizaje.

Los jóvenes prefieren las cosas bellas a las útiles. Su vida se rige más por el carácter que por el cálculo, siendo éste propio de lo útil, mientras la virtud es característica de las cosas bellas. Por tanto, aprecian más a sus amigos y compañeros que a personas de otras edades, ya que les gusta la convivencia social y no juzgan nada según su utilidad, de modo que tampoco juzgan a sus amigos, Aristóteles, Retórica.

El idealismo es la filosofía propia de la juventud; pragmatismo y utilitarismo de la madurez. El idealismo tiene como polos de atracción belleza, bondad, unidad y verdad. El joven es capaz de sacrificarse por estas ideas. Busca la autenticidad. Le preocupa más saber *para qué vive* que *de qué vivirá*. Al hombre maduro, en cambio, en la medida que ha asumido responsabilidades y compromisos, le preocupa *cómo llegar* a fin de mes y *garantizar* la vida de los suyos.

La humildad no es virtud de la juventud. El joven se siente fuerte, capaz y hábil para cumplir sus ideales; es audaz y valiente; no tiene conciencia de sus límites; por lo que desconoce la humildad y sucumbe a arrogancia y vanidad. A

medida que abandone la juventud y se adentre en madurez y vejez, tomará conciencia de sus limitaciones; de la necesidad de otros para vivir; para seguir siendo quien es; entonces descubrirá la humildad, la madre de todas las virtudes. Pag 77-85.

2.3 Madurez: principio de realidad

La transición de juventud a madurez está marcada por una crisis, mitificada y sacralizada socialmente, que nadie abandona de buen grado. La Juventud es considerada por el imaginario colectivo como la edad de oro. Se idealiza al tiempo que se relegan sombras y oscuridades: Nos gusta que nos consideren jóvenes; que tenemos tiempo que perder; la vida por delante ... Pero no hay quien pare el tiempo y la madurez llega transformando interior y exterior de la persona; su manera de ver el mundo; de vivir y enfocar la vida; su relación con mundo y futuro; la comprensión de sí mismo; qué lugar ocupa en el mundo ... Aparecen arrugas en piel y caída de cabello; se nos presentan achaques desconocidos hasta entonces; nos llega la necesidad de controlar presión arterial, peso y colesterol; reproducimos las conversaciones de nuestros padres; nuestros amigos y generación tienen preocupaciones similares ...

A la madurez se entra a regañadientes: la economía prolonga cuanto puede la apariencia de juventud, porque su filón es inmenso; invertimos mucho tiempo en aparecer más jóvenes; en mantener el cuerpo con biotecnologías, intervenciones quirúrgicas, fármacos y ejercicio físico ... Ídolos musicales, actores, deportistas, empresarios de moda ... la pléyade de famosos son referentes a imitar por las masas; luchan desafortunadamente contra los signos de madurez; pretenden aparentar que aún son jóvenes en indumentaria y hábitos de vida para seguir siendo aceptados sin caer del pedestal **de la gloria**; la posibilidad de ser olvidados, de despeñarse del Olimpo, se vive con vértigo; en cuyo fin entablan una titánica lucha contra el tiempo. Sin embargo, la lucha está abocada al fracaso; se podrán disimular los efectos de envejecimiento, pero *tempus fugit, el tiempo corre*. Hay muchos tópicos asociados a juventud o madurez, que chocan con la más estricta realidad.

La madurez se relaciona con compromiso, responsabilidad, sentido común y prudencia; en cambio, la juventud se vincula erróneamente con libertad alocada, irresponsabilidad, ímpetu y temeridad; asociaciones indebidas, que no dejan ver correctamente la multiplicidad de formas que puede adoptar la juventud. No obstante, el tiempo pasa, es irreversible, y el joven percibe la complicación de las cosas, lo poco que se avanza con simples normas.

El hombre maduro se percata de la irrealidad de los principios absolutos; que la realidad no es blanca o negra; bella o fea; buena o perversa; sino que hay una extensa gama de grises y situaciones fronterizas. Matiz, capacidad de hilar fino, juzgar con equilibrio y humildad sin sucumbir a juicios extremos, está ligado a madurez. El hombre que se adentra en la madurez percibe que la realidad social, política y económica, que pretende cambiar, es más tozuda de lo que suponía antes de entrar en faena; puede crearle desilusión, pero no

sucumbe a desesperación y desengaño; es consciente que no puede cambiarla según sus propios criterios. Pero no le paraliza, ni concluye que la realidad sea inmutable; sabe que opone resistencia; cuesta vencerla; hay que buscar con inteligencia grietas por las que abrirse paso y hacer realidad los sueños.

Es consciente que tontería, estupidez e indiferencia son abismales y se extienden por todas partes ... es la misma experiencia que tiene de sí mismo; reconoce que tampoco él escapa a estupidez, mezquindad y miseria; sus sombras y contradicciones le vuelven mesurado y sensato al emitir juicios sobre los demás. Es capaz de ver la viga en el ojo propio y distinguir hombres buenos y malos; su visión antropológica se transforma, adoptando más empaque y densidad; descubre que el ser humano es ambivalente; síntesis de opuestos; contradicción hecha carne con lo más bello y ruin; con luces y sombras.

Descubre el fracaso y aprende sus lecciones ocultas tras él; es consciente de qué difícil es hacer realidad los pequeños anhelos; qué complicado es mantener amistades a largo plazo; qué arduo ser fiel en el matrimonio y sus responsabilidades. Fracasa continuamente y aprende de sus caídas; su balance ético tiene déficit. La voluntad choca frontalmente con el principio de realidad; las cosas son como son y no como uno querría que fuesen; lo cual causa conmoción, crisis interior, decepción; somos conscientes que hay que ser pacientes, tenaces y constantes para hacer realidad nuestros sueños.

El joven sucumbe al absolutismo; se convierte en doctrinario, fanático de los principios, no reconoce nada y critica todo; puede transformarse en eterno revolucionario, que nunca llega a una verdadera realización; entusiasta constante, que pierde referencia de la realidad, acabando en una esfera irreal. También puede sucumbir al cinismo; se esfuerza en ser realista; asumir la vida como es; pensar en uno mismo y abrirse paso a codazos para disfrutar al máximo del tiempo. En cuyas dinámicas no logrará verdadera madurez, porque ésta se hace de experiencia y de sueños; de soñar despiertos con conciencia clara y lúcida; sabiendo que las cosas son como son, pero entreviendo posibilidades; lo importante no es sobrevivir a base de codazos, sino disfrutar de la vida; sembrar para los que vengan detrás; cuidar de lo bello, noble y verdadero que existe en el mundo.

La madurez simbólicamente representa el punto medio, la vida virtuosa; la equidistancia entre extremos por exceso y defecto; punto equidistante, de equilibrio o camino medio, al que se accede por aclimatación tras muchos años de ensayos y errores. *Los hombres maduros no deben ser muy confiados, ya que supondría temeridad, ni excesivamente miedosos, sino que deben mantenerse entre ambos extremos. No se fiarán de todos, ni desconfiarán de todos, sino que juzgarán los hechos más tarde conforme a la verdad ... Los hombres maduros se comportan prudentes con la valentía y valientes con la prudencia ... Jóvenes y viejos tienen características opuestas: los jóvenes: valientes e impetuosos; los viejos: prudentes y asustadizos, Aristóteles, Retórica.* La madurez supone la plenitud de la vida humana; síntesis de

opuestos; camino medio, donde se neutralizan tendencias divergentes. *La edad madura, en lo que concierne a excesos y defectos, se mantiene en medida y conveniencia*, Aristóteles, Retórica.

Por otra parte, el cuerpo madura antes que el alma. La entrada en la madurez se caracteriza por sentido común, medida, equilibrio y ponderación. Suele venir precedida *de una larga y peligrosa crisis*, María Zambrano, Filosofía y educación. Crisis que supone ruptura, derrota y caos; pero también oportunidad, nacimiento de algo nuevo; está precedida por un difícil balance. El hombre maduro se detiene; evalúa su vida; lo que ha edificado; lo que ha dejado de hacer y decir.

Cada edad viene a ser como un umbral que hay que franquear. Y sólo puede ser franqueada si al hacerlo tiene esa especial ligereza que proviene de las cuentas cumplidas, de no arrastrar consigo el peso del remordimiento, el fardo de lo que se ha dejado de hacer y cumplir. Mas la puerta de la madurez para ser pasada pide una especie de recapitulación de todo lo realizado y dejado de realizar; una liquidación total y el saldo que arroje será el fruto, la sustancia vital y moral de la persona en cuestión, María Zambrano, Filosofía y educación.

El balance da miedo; pero no se puede entrar en la madurez sin hacerlo. El hombre maduro tiene ya ocasión de mirar su vida en retrospectiva y someterla a examen. El balance es muy arduo, porque puede alterar profundamente su trayectoria de futuro. No se trata de un ejercicio de divagación o fabulación, sino de examen de promesas cumplidas y sin cumplir; aspiraciones; vínculos; decisiones tomadas y ejecutadas. Balance difícil, porque no puedes ocultarte nada a ti mismo.

Cada cual sabe a qué aspiraba en la vida y su resultado final. Balance vital que podría llamarse *auditoría existencial*. Y como soy yo mismo quien se audita, conlleva fuerte carga emocional. Cuando el hombre maduro hace balance de su existencia, se percata que hay sombras y luces, que le llenan; y otras que le hacen sentir vacío; **en dicha tesitura**, puede optar por la reforma de su vida y asumir sus consecuencias.

El balance no es operación inocua e irrelevante; tampoco puro ejercicio especulativo; requiere memoria, porque ha de hacer balance de su vida; ser capaz de reconstruirlo con la máxima neutralidad, sin ponerse trampas a sí mismo; exige de razón práctica o facultad de juicio; exige la audacia de proyectarse ...

Tras el balance es posible que surja la emoción tóxica del remordimiento, que en la madurez supone vida de sufrimiento. Lamentarse una y otra vez por una opción en nuestra vida es estéril, porque el lamento no cambia nada. Sentir remordimiento no es una elección, sino emoción tóxica, que contamina todo. El pasado muerde la vida cada vez que es evocado. *No es de extrañar ... que ante la entrada en la madurez tantas personas intenten echarse atrás, demorar el momento, seguir haciéndose los jóvenes y no sólo por la fascinación que la*

juventud ejerce, sino por el temor a esta recapitulación de toda su vida, por el temor de este juicio final, María Zambrano, Filosofía y educación.

Cierto que la recapitulación puede traer remordimiento; pero también rectificación. *Juicio final es aquel en el cual la rectificación se hace imposible o por lo menos es de extrema dificultad, María Zambrano, Filosofía y educación.* No siempre es posible rectificar, porque supondría cambiar elementos **problemáticos** de la propia vida o herir a otras personas. Hay decisiones del pasado que el hombre maduro podrá rectificar y otras que no, las cuales habrá que asumir y arrepentirse.

La madurez representa un duro golpe para la vida real; descomposición de bellos sueños de juventud y compromisos con el mundo; temor a penetrar en estas dinámicas; sin embargo, **asumir el compromiso, venciendo el temor, supone un ejercicio de libertad**, Paul-Ludwing Landsberg. Quien no se compromete no ejecuta ningún acto libre; permanece en el campo de la posibilidad; en el terreno fantasioso del *todo es posible*. Sin embargo, quien se implica en un proyecto, acción, organización, empresa, pone su corazón ... hace real su libertad de elección. No se puede entrar en la madurez sin el ejercicio del compromiso. Abandonar el juego ficticio, salir del campo de las posibilidades y comprometerse, significa renunciar; dejar caminos sin explorar; opciones abiertas a diestro y siniestro, que jamás podrán concretarse.

El miedo a equivocarse es el principal escollo del compromiso. Miedo que mantiene al ser humano en estado de inmadurez. No comprometerse significa ceder tiempo de libertad, que no volverá nunca. El compromiso exige implicarse en la historia; mancharse las manos; tocar lo que no gusta tocar; meterse en el fango hasta el cuello.

El puritanismo supone otro obstáculo para el compromiso, porque lleva a la persona a ser espectador, contemplar a distancia, no mancharse las manos; mantiene su pureza inmaculada, pero va envejeciendo sin ejercer su libertad. La madurez contiene elementos muy valiosos, que la hacen muy deseable; la vida se estabiliza; sobrevienen calma, paz y confianza. *Si se pasa buenamente el dintel, la madurez se hace sentir como una morada, como una casa. Es la edad en que la intimidad se logra, la vida familiar se remansa y se adensa sin pesar más por ello, en que las amistades se solidifican y las relaciones con el mundo se hacen a la par más firmes y más simples; es el largo, hermoso momento de la certidumbre, María Zambrano, Filosofía y educación.*

Mientras que la juventud se caracteriza por búsqueda e incertidumbre, la madurez está hecha de tranquilidad y certezas. El río deja de tener saltos de agua y entra en una valle de bellos meandros.

En la madurez tiene lugar la valiosa transformación de extraer lecciones de los errores; de asumirlos en persona sin imputarlos a los demás; de descubrir la humildad; de sacar lo bueno bello y verdadero **de la vida** a la vez que rechazar lo malo, feo, falso y disperso. *La alquimia consiste en extraer de lo negativo, desgracia, dolor, error, adversidad ... lo positivo contenido en ello, es decir: conocimiento vivo y actuante, comprensión, fortaleza. Y en extraer*

igualmente de la alegría, del éxito, del triunfo, si lo hubo, la lección permanente del comedimiento, es decir: de los límites del entusiasmo y de las victorias, María Zambrano, Filosofía y educación.

Es la etapa del posibilismo. El hombre maduro ve posibilidades incluso en circunstancias adversas; toma conciencia que cada día cuenta para extraer lo bueno de las adversidades y anomalías que vive; procura no desperdiciar el tiempo en necedades, rituales estúpidos, rutinas estériles y conversaciones banales. Discierne el uso del tiempo; actúa en consecuencia; es consciente de la limitación del tiempo. *Lo característico de la lograda madurez es convertir el mal en bien, lo que significa entre otras cosas hacer toda derrota asimilable y toda victoria duradera,* María Zambrano, Filosofía y educación.

En la madurez el arrepentimiento fluye mejor; la contemplación se intercala con acción y producción; el silencio con la palabra; la reflexión sobre el pasado se equilibra con la preocupación por el futuro; se toma conciencia de sus actos y errores, que conduce al arrepentimiento. *Comprender el arrepentimiento es esencial para toda comprensión profunda del hombre, así como ejercitarlo es esencial para orientar la vida propia, para que salga por una parte de los abismos de la soberbia, y por otra de la desesperación,* Romano Guardini, La aceptación de sí mismo.

Arrepentirse no es ejercicio ascético. Es acto de voluntad, movido por el corazón, que pretende rehacer algo que se torció; es la única forma de salvarse de dos naufragios: soberbia y desesperación; el de soberbia: creerse perfecto; el de desesperación: no ver ninguna posibilidad de liberarnos del peso de culpa y remordimiento durante nuestra existencia. El arrepentimiento de la madurez exige reconocimiento del mal causado; sentimiento de pena por sus consecuencias sobre los otros; voluntad de reconciliarse; reparar daños causados. *Es una de las formas de expresión más poderosas de nuestra libertad. En él nos juzgamos a nosotros mismos y nos ponemos en nuestra contra para situarnos del lado del bien. El arrepentimiento no puede evitar lo sucedido, e intentarlo sería mentira. De hecho, su razón de ser descansa en la verdad, es decir, en la comprensión de que yo he sido el culpable de esto o aquello. Pero esta verdad se convierte en el punto de partida para una conducta nueva que le otorga un nuevo carácter. Nuestra vida sólo es definitiva después del último aliento. Hasta entonces todo lo que nos ha pasado puede cambiar de carácter cuando nos situamos nuevamente ante los hechos y extraemos las consecuencias posibles, tanto lo mejor como lo peor ... Este arrepentimiento no significa que el arrepentido rechace su propio ser, porque si lo hace ya no se trata de arrepentimiento, sino de desesperación,* Romano Guardini, La aceptación de sí mismo.

La tensión de la vida reside en que cada fase es nueva, sin precedentes, única y cuando pasa no vuelve a repetirse. De esta dinámica pueden surgir monotonía y desesperación

La aceleración del tiempo vital es vivencia propia de la madurez y desconocida en infancia. La madurez es etapa de consolidación interior de la persona; no es fijación ni endurecimiento de puntos de vista y actitudes, sino convergencia del pensamiento vivo. La madurez de la vida da lugar a madurez de pensamiento, fruto de diálogo, sopesar pros y contras, evaluar diferentes puntos de vista. No significa caer en incredulidad, ni relativismo. El hombre maduro ha madurado en sus convicciones; ha macerado lentamente; las ha contrastado con personas solventes; conoce la debilidad de sus puntos de vista; las lagunas de su visión de la realidad; pero no se avergüenza de sus convicciones.

A su vez, aunque alejadas, acepta las convicciones de otros; no vive el diálogo como lucha férrea por su razón; la vive como don; como ocasión para crecer y profundizar en el enigma del mundo; ha aprendido a relativizar lo propio y no absolutiza su punto de vista; no se suma a la opinión políticamente correcta porque otros lo hagan; tampoco siente la necesidad de marcar distancias y oponerse por notoriedad. Acepta la tradición sin caer en la veneración del pasado; valora lo nuevo sin sucumbir a la novedad; tiene pensamiento propio en el que realiza su propia síntesis; ya no vive de prestado.

En su vida adquieren peso fidelidad a la palabra dada y confianza recibida; ha descubierto **el filón** de la duración; se percata que todo necesita su tiempo para crecer y madurar; hay que reposar las cosas para que encuentren su lugar en el mundo. También experimenta crecimiento en la fe; ha dejado de creer en ídolos y divinidades de su infancia y juventud; ha cuestionado muchas de sus creencias; es capaz de ver el sentido de la fe de sus padres y abuelos. Este trabajo de depuración es básico para construir un sistema de creencias propio, que le permita vivir una vida llena de sentido. No busca convencer a nadie de lo que cree; sólo quiere entenderse mejor a sí mismo y explicarse por qué cree en lo que cree; reduce sus creencias a lo esencial; no necesita creer lo que los demás para ser aceptado en grupo; no necesita ridiculizar otras creencias para dar valor a las suyas; sólo manifiesta con humildad qué y por qué cree.

La madurez también es etapa de cargas, responsabilidades, jugársela en el mundo; exigir trabajo; invertir sus talentos sin escatimar energías. Es el tiempo de donación y entrega; se toma conciencia que el don es lo único que tiene sentido; lo único que queda en nosotros y legamos a los demás. Esta descentralización supone un movimiento ético de gran trascendencia. El niño se ubica en el centro del mundo, cree que todo gira a su alrededor; vive una etapa egocéntrica; cree que los otros están a su servicio; utiliza cuanto le rodea para su placer. El joven piensa en clave personal; le preocupan su futuro, su proyecto, sus planes, abrirse camino en un mundo hostil y competitivo.

El hombre maduro no vive sólo para él; descubre el valor de los otros; la satisfacción de dar lo que ha recibido; trabaja para que quienes estén bajo su responsabilidad crezcan y se desarrollen; se alegra cuando ofrece el fruto de su trabajo; cuando contribuye a que los otros se conviertan en lo que les está destinado. Es la fase de la fuerza en plenitud sostenida por la conciencia de

que lo auténtico es enlazar la idea pensada con la verdad de la realidad que se vive; la síntesis entre convicción y conocimiento de las complicaciones de la vida. Fisiológicamente es el tiempo en que el ímpetu de la juventud se ralentiza, pero adquiere más profundidad y decisión. Se sobreponen las fuerzas espirituales y vitales. Profundidad y lentitud son propias de la madurez. Ya no cuenta el número de vínculos, relaciones; sino la calidad y profundidad con que se viven. Las relaciones son más íntimas; la sensualidad se transforma a fondo; se redescubre el propio cuerpo y el del otro; se disfruta de cada ángulo, fragmento y pliegue de piel; los ritmos se sincronizan; no se necesita exhibir potencia ni fuerza; sólo profundizar en vínculo, ternura y magia de cada instante.

En la madurez también hay momentos de penumbra, sombras que oscurecen; como excesos y descompensaciones en trabajo; lucha y responsabilidad; se acumulan cargas laborales; exigencias cada vez más grandes; se siente presionado por diferentes conflictos de lealtad. Irrumpe la conciencia al límite; aparece cansancio; exigencias que se multiplican ,, y pasan las ilusiones. La existencia adquiere el carácter de lo conocido; las cosas se repiten; todo resulta conocido uniforme ... la rutina ocupa todo. Cada vez se hace más patente la mezquindad de la vida; se sufren desengaños con personas en las que habíamos depositado esperanzas; se ve la vida entre bastidores; se percibe la mediocridad e infinita estupidez de la condición humana. Es el *taedium vitae*, profunda desilusión de la vida.

En la madurez se aprende a no utilizar gratuitamente; *siempre, nunca; siempre te querré; siempre te llevaré en el corazón; siempre viviré en este rincón del mundo; siempre me tendrás a tu lado; nunca más lo saludaré; nunca volveré a este pueblo; jamás volveré a dedicarme a tal oficio ...* El hombre maduro es consciente que muchas veces tiene que ceder, pactar, renunciar a grandes promesas por su bien o por el de los demás. Se percata que nada es como debía ser.

La promesa es un acto de libertad, responsabilidad, conglomerado de inteligencia y voluntad y una esperanza de futuro. Si no hay futuro, sólo presente que se dilata hacia adelante y atrás, la promesa no tiene sentido. La promesa indica siempre dirección y voluntad de mantenerse orientado hacia el futuro, al margen de los vientos que soplen. En la madurez somos conscientes que muchas promesas a sí mismo y a los demás no se cumplieron. En consecuencia entra en conflicto consigo mismo, se siente frustrado, su autoestima baja; el corazón confía menos. Por tanto, existe la posibilidad de convertirnos en escépticos o cínicos, marcados por la desilusión y miseria de la vida; o, para romper la monotonía y sentirse vivos, la posibilidad de iniciar aventuras de todo tipo.

La seriedad consiste en ver y aceptar fronteras, limitaciones y miserias de la vida. Lo que no significa calificar como bueno lo injusto, perverso, sufrimiento y desorden. Esto se ve y acepta, pero no se aplaude. El hombre maduro no deja de trabajar, ni abandona sus compromisos; acepta las cosas como son;

vuelve una y otra vez a sus intentos de ordenar y ayudar con espíritu de disciplina, renuncia, audacia y valentía para decidir.

Una forma negativa de la madurez consiste en ver a la juventud a través del resentimiento, que como el remordimiento es emoción tóxica y lesiva; el resentimiento, que nace por comparación al verse privado de la juventud, es intoxicación del alma, veneno que emponzoña al ser completo. En ocasiones, para suplir los sueños rotos, se proyectan en los hijos; y cuando éstos abandonan la juventud siguiendo sus propios caminos, deviene una segunda frustración en los padres.

La madurez también es ocasión idónea para reencontrarse simbólicamente con los padres, incluso reconciliarse con ellos.

El sentimiento de la muerte se abre paso a través de la experiencia límite. Sentimiento, que hace la vida más densa, seria y preciada; se hace perceptible el carácter transitorio de todas las cosas; se deja de pensar en posibilidades; espera menos de sí mismo y de los demás, en la medida que intensifica la sensación de que todo es transitorio; se intensifica la impresión de que algo llega a su fin; resulta más nítida la conciencia de que lo que haces ahora ya lo hiciste ayer; el tiempo se encoge y acelera; la vida se desliza con mayor fluidez.

Crisis que se domina aceptando envejecimiento; aceptar el fin sin sucumbir a él ni despreciarlo con indiferencia o cinismo. La madurez llega cuando se sabe que existe un final y se acepta. Al aceptar la vida como es nos sobreviene tranquilidad existencial, que trasciende a la impenitente lucha de la juventud.

La fidelidad está estrechamente ligada a la madurez. *La volatilidad afecta a mercados financieros y a abarca toda la sociedad. Nada tiene consistencia y duración. Cuando tenemos en cuenta esta contingencia radical se despierta el anhelo de algo vinculante que esté más allá de la cotidianidad,* Byung-Chul Han, La salvación de lo bello. Este vínculo es nuestra tabla de salvación, el centro gravitacional, que evita que nos descompongamos, que nos desintegremos en la volatilidad. El hombre maduro descubre que la fidelidad no es presión, ni asedio, sino clave para su supervivencia física, mental, emocional y espiritual. Necesita un punto fijo en que asentar su vida, algo que no se mueva y le permita edificar. Por eso se dedica a cuidar amistades, valores nobles, convicciones espirituales más profundas.

Debido al cambio, la posibilidad de ruptura del sentido es parte esencial de la vida. En la madurez de la vida la existencia adquiere el carácter de una naturaleza muerta de Cézanne: *Hay una mesa con un plato; en el plato unas manzanas; nada más; todo bien iluminado y evidente.* Todo es misterioso. La realidad es algo más que su apariencia inmediata. El misterio forma parte de la claridad. Pag 87-114.

2.4 Ancianidad: sabiduría que otorgan los años

En nuestras sociedades se constata la gran paradoja de que nadie quiere ser considerado anciano, aunque todos aspiremos a vivir muchos años en

plenitud de facultades. A nadie le gusta que le llamen viejo; todos quieren llegar a ancianos con apariencia de joven. La vejez tiene mala prensa social, que en su imaginario existe un *edadismo* latente de indiferencia y rechazo hacia las personas mayores, que se traduce en que rara vez se identifica al anciano con aspectos positivos y valiosos de la existencia. A veces se relaciona indebidamente vejez con decrepitud, enfermedad e inutilidad. Ser viejo no depende de voluntad o libertad; simplemente es consecuencia de haber vivido muchos años. Hay ancianos en plenitud de facultades, activos familiar, civil y socialmente, que aportan muchos talentos a la sociedad. En cambio, la enfermedad es un estado de desestructuración del ser, que llega en cualquier momento de la vida, ligada a la condición vulnerable del ser humano.

Por una parte, la imagen idílica de la ancianidad que suele forjarse en el mundo social es un insulto a la inteligencia. Por otra, la visión que relaciona vejez con enfermedad y decrepitud tampoco es adecuada.

Resulta difícil fijar fronteras que separen madurez de ancianidad. Algunas circunstancias pueden acercarlas, como el fin de la vida laboral, aunque no necesariamente marca el comienzo de la vejez. Hay personas que en su jubilación tienen más actividad, que durante su período laboral; aprovechan esos años para ejecutar proyectos que no han podido realizar en su vida.

La ancianidad es una etapa caracterizada por luces y sombras que, a diferencia de las anteriores, **marca un hito** en nuestra biografía. Puede ser más o menos larga; más o menos fructífera; más o menos feliz; pero es la última; una vez culminada, ya no hay vuelta atrás en nuestra vida. Esta proximidad con la muerte la reviste de particular y grave seriedad; le confiere tal libertad, que rara vez se posee en la madurez.

La madurez es la etapa de las cargas; la ancianidad de descargas y liberación. La persona mayor no tiene que demostrar su valía en el mundo; no tiene que morderse la lengua diciendo lo que no piensa, lo que no siente ... porque no espera ningún reconocimiento, lo que le otorga gran libertad de expresión; le resulta fácil desinhibirse; está de vuelta de muchas experiencias y situaciones vitales; no es fácil encontrarse con novedades radicales. Todo suena a música conocida, que proporciona la experiencia. Lo que permite asumir situaciones difíciles con calma y ecuanimidad.

Cuando los otros van, el anciano vuelve; eso le permite relativizar y situar las cosas en el lugar que les corresponden. Estar de vuelta es fruto de la propia experiencia. El anciano ha vivido más tiempo; tiene posibilidad de aconsejar a quienes comienzan; de que se enriquezcan con su experiencia. Sin embargo, el don del consejo requiere para ser ejercido generosidad del anciano y humildad del joven.

En la vejez, la acción juega un papel secundario. El anciano dispone de tiempo para contemplar, observar, meditar, recordar y disfrutar la belleza de naturaleza y arte; la acción es más lenta y libre que en la madurez. El anciano no actúa al dictado, sino por voluntad propia; no actúa para buscar reconocimiento, sino para ofrecer al mundo lo que es y ha aprendido; se siente

útil cuando puede dar y transmitir lo que ha aprendido; cuando su huella puede servir a las generaciones jóvenes. Transmisión de conocimientos, vivencias y habilidades, que hacen que tenga un propósito.

La ancianidad es la época de desaferrarse, descomprometerse. Lo propio es dejarse ir; dejar hacer; permitir que todo fluya. El anciano no se implica en discusiones; no toma partido en debates de alto voltaje; no se posiciona si no es consultado. Ve cómo la vida nace con fuerza, mientras la suya se apaga poco a poco; continuidad de familia y trabajo bien hecho le llenan de plenitud y esperanza. No se implica en temas políticos y sociales; mira todo con perspectiva y es consciente de su fugacidad.

El anciano se va desprendiendo poco a poco de cosas, paisajes y personas. Pero desprenderse no es sencillo; como no es fácil, dejar que los otros digan y hagan cuanto quieran. No es fácil abandonar espacios y funciones; pasar el testigo a los más jóvenes; adoptar papeles secundarios después de haber estado en primera línea. Sin embargo, el anciano advierte el carácter transitorio de todo; se percata que el único modo de permanecer es dando lo que tiene y es a los otros para que lo disfruten y hagan buen uso de ello.

Es consciente que no puede llevarse nada al otro lado del río. Anticipa su propio dejar de ser y comienza a desprenderse de objetos, bienes y propiedades, por los que había luchado férreamente en el pasado.

Con la ancianidad pueden irrumpir dependencia física y síquica; en esta etapa fragilidad corporal y mental se hacen más evidentes. El proceso de adaptación no es fácil en nuestra sociedad, que condena la dependencia al ostracismo, la considera vergonzosa, a pesar de que todos somos dependientes en diferentes grados, nos necesitamos mutuamente para vivir; la diferencia estriba en tipo y grado de dependencia. Es difícil aceptar la dependencia en una sociedad que sacraliza armonía funcional, libertad, independencia, rentabilidad y velocidad.

En la vejez se ceden energía, empuje y pasión en cuerpo y alma; mengua capacidad receptiva de los sentidos; aparecen defectos orgánicos; bajan fidelidad y calidad de percepción; resulta difícil acomodarse a situaciones nuevas; la vida se fija; los procesos se inmovilizan; el impulso de lucha desaparece.

El anciano se interesa cada vez menos por lo nuevo; con el paso del tiempo siente que ya que ya no quiere cambiar tantas cosas; quiere paz; no siente interés por la vida de los demás más allá de su estrecho círculo; se vuelve indiferente. Pierde deseo por la estima de los demás y despertar simpatías, de lo que nace indiferencia por la impresión que causará su conducta en los otros. Lo que le hace más libre, auténtico, menos condicionado.

Quien envejece bien es capaz de entender el conjunto de la vida. Ve las conexiones; reconoce cómo se determinan mutuamente las diversas condiciones, logros, ganancias y pérdidas, disfrutes y carencias. Llegar a la conciencia límite es propio de la vejez. El anciano se percata que morirá sin

haber obtenido respuesta a todas las preguntas; que hay más preguntas que evidencias; acepta no saber con serenidad y humildad.

Es la edad de confianza y gratitud. El anciano se siente agradecido por la vida; por cuanto ha vivido y sufrido; por experiencias y episodios que ha experimentado en su existencia. Confía en una respuesta final, en la trascendencia. Descubre que lo esencial no es lo que tiene, lo que hace, sino el amor que es capaz de ofrecer a los demás.

En los momentos de confusión absoluta, cuando ni siquiera nosotros podemos distinguir la salida del laberinto en el que nos ha colocado la vida, sólo tenemos que apoyarnos en Dios, igual que lo hacen los críos cuando van cogidos al cuello de sus padres y se apoyan sobre sus hombros. Nos dice que hagamos eso y que no nos preocupemos, que no es preciso buscar constantemente el sentido de la vida. En cambio, sí que podemos intentar sintonizar con el amor que resuena en ella, Gabriel Magallanes, Mirall de vida. Pag 116-123.

3 Alegato contra la melancolía

3.1 Esencia de la melancolía

La melancolía, habitual en la madurez, es pesadez del alma. Pesado fardo, que nos oprime; disimulamos y nos reprimimos para que no nos vean llorar, porque hay que dar imagen de autocontrol y estabilidad emocional. No sabemos por qué, no hay causas concretas, pero nos encontramos inmersos en un infinito lamento de dolor.

Pesa la pérdida de la juventud; la conciencia de no haber hecho realidad ciertos sueños; el dolor por algunas decisiones en el pasado; el carácter irreversible del tiempo. Nos gustaría volver atrás y deshacer algunos nudos biográficos, ¡pero no se puede!

El hombre melancólico se siente quemado por la mezquindad y vacío de la existencia; esperaba más de la vida; de sus amistades; se encuentra con las manos vacías; tenía grandes expectativas en la humanidad y le ha defraudado. También está decepcionado consigo mismo; con los pocos frutos que ha recogido; cómo ha desperdiciado sus talentos.

En el fondo de la melancolía permanece el deseo de otro mundo, sociedad y vida. Lo cual choca con la realidad y le produce infinito sufrimiento. Le aburren hasta la saciedad las pequeñeces de la vida, rencores, miedos, egoísmos ... Busca en las cosas lo que los otros no tienen; busca con sensibilidad dolorosa y defecto de adaptación el compromiso con lo posible y el sentido de bienestar.

Trata de tomarse las cosas como le gustaría que fueran; quiere encontrar en ellas densidad y seriedad; pero se percata que es imposible. Las cosas son finitas y por tanto deficiencia. Lo que decepciona al corazón del hombre que reclama el Absoluto. Esta decisión se amplifica y transforma en gran sentimiento de vacío; experimenta que nada hay digno de ocupar el lugar que ocupa.

El melancólico se siente quemado por las insuficiencias morales del otro; por la ausencia de nobleza del alma. La melancolía está hecha está hecha de un particular elemento que lleva el dolor hasta su máximo nivel de sensibilidad. Esta proximidad de sufrimiento y la falta de proporción evidente entre lo que supone el efecto doloroso normal provocado por cierta causa y la profundidad de su efecto en la melancolía nos manifiestan que se trata de algo congénito.

Quien sufre los estragos de la melancolía no tiene confianza en sí mismo. Pag 127-131.

3.2 De la naturaleza virgen

En la madurez la naturaleza solicita nuestra atención. La ruptura entre el mundo humano y el de naturaleza es causante de esta melancolía. El hombre maduro constata que vive en una esfera artificial, lejos de la naturaleza; vive en

medio del mundo vivo, ya no es posible vivir en la naturaleza, en el reino del viento y del agua. *La tecnología se hizo para el hombre y no el hombre para la tecnología. Al perder el contacto con el ser, y por ello mismo con Dios, hemos caído en una idolatría sin sentido de la producción y del consumo por sí mismo. Hemos renunciado al acto de ser y nos hemos sumergido en el proceso en sí. Ya no sabemos vivir y como no podemos aceptar la vida en su realidad, la vida deja de ser un placer y se transforma en dolor*, Thomas Merton, Conjeturas de un hombre culpable.

La vida del hombre maduro está dominada por dos instintos fundamentales, que se oponen entre sí: estar, afirmarse, extenderse, realizar un ascenso; dejar de estar, anhelar la propia aniquilación. Por otra parte, sólo comprendemos la forma enigmática, con la que se comporta nuestra naturaleza viva. Se defiende cuando algo la amenaza, pero no se defiende por sí misma, ya que la amenaza le asusta y seduce. Nuestra naturaleza de ser vivo se defiende frente a peligro y muerte, lo cual a su vez le atrae de manera extraña. Dolor y muerte adquieren peligrosa fuerza de atracción.

El deseo de torturarse a sí mismo es rasgo psicológico del melancólico; se ve enfermo y se tortura; incluso los valores pueden convertirse en instrumentos de sufrimiento. La vida se vuelve contra sí misma. Instinto de conservación, autoestima y deseo de favorecer el propio bien se transforman, cargándose de negatividad ante el instinto de autodestrucción. ¡La melancolía transforma la aniquilación en valor positivo!

Las verdaderas raíces de la melancolía se encuentran en el plano espiritual. La personalidad melancólica aspira a la soledad. El silencio representa una presencia, atmósfera espiritual que le permite respirar, acceder a calma y ponerse a resguardo. *Silencio y soledad son la patria del alma melancólica*, Soren Kierkegaard, Etapas del camino de la vida.

El hombre melancólico suele ocultarse detrás de máscaras, representando diferentes papeles, ocultando en cada uno un estado de ánimo diferente, una sombra, una desesperación. *La melancolía es la grande tristezza, que nace de la propia existencia*, Dante. Sin embargo, esta pesadez del alma, esta sombra de tristeza, conlleva un fruto de incalculable valor: cuando se relaja y abre, se eleva con facilidad, dejando ver la transparencia de las cosas de la existencia.

La melancolía supone relación con los fundamentos oscuros del ser, **en sí buena**, pues no está en oposición a la luz; aquí oscuridad no es sinónimo de tinieblas, sino de valor vivo. Las tinieblas son malvadas, representan un elemento negativo; en cambio, la oscuridad pertenece al dominio de la luz y constituye el misterio de lo esencial. La melancolía aspira a esta oscuridad, en la seguridad que hará surgir formas, a las que otorgará presencia en su claridad. Pag 133-137.

3.3 De la lentitud

El hombre maduro, por el hecho de vivir en un proceso de aceleración vital, siente nostalgia, melancolía de la lentitud. Le gustaría tiempo para recrearse sin la imperiosa necesidad de seguir el proceso. *Vivimos en un plano cada vez más artificial que deshumaniza por momentos y del cual no se puede evitar decir: Cada vez es más bárbaro*, Romano Guardini, Cartas del lago Como.

En la madurez vivimos la nostalgia de la lentitud, porque lo propio es vivir consumido por el tiempo; preocupados por su administración ágil; porque el tiempo es oro; porque todo es más complejo y se observa con detenimiento; porque la lentitud permite advertir detalles, aristas, flecos y pequeños trazos de vida, **que pasarían desapercibidos**. Es evidente que la lentitud está penalizada social y económicamente. Sin embargo, en la madurez se siente nostalgia de la lentitud, porque el tiempo se escapa velozmente y se percibe de manera acelerada. Seleccionar es imprescindible para volver a encontrar el valor del tiempo y el significado de lentitud. En nuestro mundo casi ha desaparecido la diferencia entre días laborables y festivos.

En este mundo, cuando nos sentimos de manera consciente en presencia de la realidad, empezamos a perder el contacto con la misma. Y como consecuencia viene lo demás: adoptamos una actitud ante ella, nos proponemos determinados fines, procuramos los medios. Es decir, que la fuente de la cual procede la actividad que crea y estructura el mundo en total libertad es la conciencia, Romano Guardini, Cartas del lago Como.

A menudo, el hombre maduro experimenta agotamiento por su vida acelerada; se siente cansado, fatigado, sin aliento. Pero no puede parar, porque detenerse es salir de la rueda. *En esta sociedad el cansancio es fruto del exceso de aceleración de la vida cotidiana; se necesita consumir productos para mantener los ritmos de producción y consumo. Quiere salir de la jaula de oro, que se ha construido, pero no sabe cómo hacerlo*, Byung-Chul Han.

Hay que producir mucho a gran velocidad, producir al momento y que las existencias del producto se agoten enseguida. Esto último lo considera importante, ya que la producción exige que los mercados puedan renovarse. Por lo cual se impone una producción desenfrenada, sin el criterio orgánico que ofrece la oferta y la demanda. Tenemos aquí una producción sin freno al servicio de la mentira y la violencia en la que hay que vender por todos los medios. Así nada puede madurar. Todo tiene que marchar a gran velocidad, a la mayor brevedad posible, a unos precios ínfimos, en masa, sin consideración alguna por su carácter individual, Romano Guardini, Cartas del lago Como. Pag 139-144.

3.4 Del pasado

En la madurez surge melancolía del pasado. Se tiende a mitificar infancia; tiempo de libertad; el tiempo en que todo era posible. La madurez se caracteriza por la realización; abandona el campo de la posibilidad y profundiza en el de responsabilidad. Abandonar el campo de la posibilidad supone

abandonar el campo de la libertad, porque sólo es libre quien ejecuta, toma un camino, deja atrás posibilidades. La posibilidad es la condición básica de la libertad, no para permanecer en ella, sino para dejarla atrás. Cuando todo es necesidad, está fatalmente determinado, no hay margen para elegir y la libertad desaparece. Y cuando todo permanece, porque no se ejecuta nada, la libertad también desaparece.

Este abandono de la libertad es vivido a veces como pérdida de libertad, aunque de hecho es su misma concreción. Vivir en la galaxia de las posibilidades es permanecer en una libertad ficticia, fantasiosa. Es el *síndrome de Peter Pan*: no querer crecer; permanecer indefinidamente en la encrucijada de las posibilidades, en la eterna infancia, por no haber descartado ninguna opción; por no cometer errores; por no tener que lamentarse por el camino que se ha tomado.

Cuando se ha ejecutado una posibilidad se mira al pasado con nostalgia y se recuerda aquel momento, en el que todo permanecía abierto. Sin embargo, ha pasado, es imposible volver a él. Incluso en caso de se pretenda volver al momento primigenio, la decisión tomada deja un rastro en la galaxia de posibilidades y transforma la situación inicial. Las segundas posibilidades nunca son segundas posibilidades, sino nuevas ocasiones; el poso que ha dejado el pasado, la historia vivida no puede borrarse. En la madurez es frecuente bajarse del tren que se ha tomado para aproximarse a las segundas oportunidades, retomando opciones que se descartaron en el pasado. Es una forma de reactivar la ilusión de vivir; de sentir que la vida vuelve a renacer; **conscientes** de que nunca será repetición mecánica de una decisión del pasado.

La proximidad de la muerte excita la curiosidad por degustar opciones abandonadas; la segunda oportunidad proporciona rejuvenecimiento de espíritu; **conscientes** de que nunca será retorno al momento primigenio, ya que el tramo recorrido por la decisión tomada deja poso en el alma; para bien o mal, nunca se comienza de cero. Mitificamos el momento previo a la ejecución, olvidando el trance que supone la angustia de deliberación y decisión. La angustia es emoción incómoda, que se siente mucho cuando todo es posible y se vive en la encrucijada de las opciones. El precio de la libertad responsable, de decidir, pasa por el espinoso puente de la angustia, tolerarla, domesticarla.

La madurez humana no es tanto edad biológica, tiempo cronológico, como fase psicológica; su principal característica es compromiso y responsabilidad ejercidas en libertad. La persona es madura cuando abandona el campo de la posibilidad para concretar su libertad; lo que significa asumir responsabilidades, implicarse, tomar decisiones y ejecutarlas.

El pasado es un artefacto muy complejo; no tenemos soberanía sobre los contenidos de la memoria. El melancólico tiende a mitificar el pasado; convertirlo en paraíso original perdido; por lo cual le causa a la vez tristeza agria y dulce, que es la melancolía. Diversos caminos para administrar el pasado:

a Olvido. Lo vivido carece de utilidad; no aporta beneficios, ni lecciones para presente o futuro. Olvidar el pasado es seccionar una parte de nuestra biografía; olvidarse de uno mismo.

b Mitificación. La caída en la idealización supone distorsión de la realidad, que deforma nuestra biografía, impidiendo comprender nuestras luces y sombras del pasado de manera ponderada.

c Lamento sistemático. Lamentarse es una vía estéril, ya que no cambia nada, porque no podemos reemprender el pasado, ganar lo perdido. Lo hecho, hecho está.

d Arrepentimiento. La persona es un todo, que siempre actúa como tal. Debe dominar su pasado para poner su vida al servicio de su existencia. De lo cual surge el arrepentimiento. El ser humano no es una fracción de la naturaleza; ni un átomo en un cuerpo; ni un órgano dentro del gran Todo. Es un ser capaz de ejercer la responsabilidad por sí mismo; decidir qué quiere hacer en su futura vida. El arrepentimiento no borra el pasado, ni permite regresar impunemente al punto de partida; tampoco es lamento estéril, que se regocija en sus lágrimas; por el contrario, es reconocimiento del error; requiere la virtud de la humildad; exige hacer llegar el perdón, verbalizarlo ante las personas afectadas por decisiones tomadas o daños hechos; exige compensación, siempre que sea posible.

Sin embargo, hay acciones, que es posible arrepentirse de ellas, pero no es viable repararlas. En tal caso el simple reconocimiento del daño causado ya es signo de deferencia hacia la dignidad del otro. El arrepentimiento no es olvido, exige el recuerdo para ser efectivo. Si lo recordado es muy grave la persona puede llegar a entender y experimentar el arrepentimiento como suplicio que merece por sus actos; en cuyo caso el remordimiento se convierte en autocastigo, torturarse inútilmente por lo que se hizo en el pasado. Sólo quien recuerda con la máxima transparencia lo que decidió y sus consecuencias para los demás y para sí mismo, está en condiciones de arrepentirse.

El arrepentimiento es un acto del corazón, que integra memoria, imaginación e inteligencia. Cuando es sincero no se vive desde la lógica de utilidad, rendimiento o beneficio; porque si lo hiciera, se educiría a un acto instrumental o medio para conseguir un fin ajeno a la contrición. El verdadero arrepentimiento del pasado se hace porque se experimenta imperiosa necesidad de hacerlo; porque se siente impelido a reconciliarse con la humanidad y consigo mismo.

El arrepentimiento señala el comienzo de una nueva relación con los otros y consigo mismo; se abre un horizonte nuevo, una posibilidad de explorar. No sabemos cómo será recibido por la parte afectada; qué campo de interpretaciones puede activar; tampoco es claro que el acto de arrepentirse sea rentable social o económicamente. El arrepentimiento obedece a la lógica del don, no a la del interés. Pag 145-152.

3.5 Del amor

La melancolía es nostalgia del amor en todas sus formas y grados, desde la sensualidad más elemental hasta el sublime amor del espíritu. Su fuerza es el *eros*, exigencia de amor y belleza. Quien siente su potencia creadora en su interior y contrasta ese amor con relaciones y vínculos que ha tejido en su vida, experimenta una desproporción entre lo que desea en su interior y lo que la realidad le ofrece.

Exigencia profunda, que se introduce en la totalidad de nuestro ser. Estamos hechos para amar y ser amados. Cuando comparamos el amor que vivimos con el amor ideal de nuestra mente, sobreviene la melancolía, porque nos gustaría sentir de nuevo aquel amor que sentimos alguna vez.

El hombre maduro se compone de gestos, rutinas y repeticiones. Se expresa en el cuidado por el otro: en donación, fidelidad y compromiso. Es un amor que ofrece estabilidad y seguridad; construye hogar; hace posible nuevas vidas y proyectos. En contraste con la fuerza indómita que conmovió su corazón de joven, hay heridas que no ha terminado de cerrar nunca, permitiendo que fluya la melancolía.

La naturaleza amante es abierta, dispuesta a acoger al otro; a dar y recibir; es confiada, sin defensas; convierte en experiencia el dolor por la fugacidad de las cosas. La belleza viva sólo se percibe fugazmente y se encuentra cercana a la muerte. La melancolía reclama lo perfecto en sí mismo; lo infinitamente profundo, que posee una distinción intangible, noble y preciosa. Por lo cual, el melancólico prefiere soledad y silencio a relaciones superficiales y ruidosas, en la lógica de cálculo y reciprocidad. Se indigna al ver cómo la palabra *amor* es ridiculizada o se reduce a su mínima expresión.

En la madurez es fácil experimentar melancolía del amor de juventud, que conmovió las estructuras de nuestro ser. Asimismo, los amores platónicos del pasado, que nunca se concretaron, permaneciendo en el plano de la posibilidad, también suscitan su agri dulce recuerdo de melancolía. Por una parte, la melancolía nace al comparar presente con pasado; nos gustaría volver a sentir el traqueteo del corazón. Por otra, anhelamos estabilidad, seguridad de ser amados, que nos cuiden, contar con alguien incondicional.

La melancolía del amor se traduce en anhelo de encuentro; encontrarse con aquel amor del pasado, que nos suscita curiosidad y miedo. Sin embargo, no hay segundas oportunidades. Los amantes del pasado, han hecho sus vidas, han envejecido; tienen la alegría del reencuentro, pero les asustan los estragos del tiempo en sus cuerpos. Su finalidad es tomar posesión de este amor con intensidad particular; no basta con reconocerlo; aspira a la unión. La unidad es muy propia de la melancolía.

En el corazón del melancólico se genera un combate entre el deseo de plenitud y el de destrucción. Se anhela la belleza y se destruye su vida. Aspira al reencuentro con el Absoluto de amor y belleza. El principal enemigo es la impaciencia. La melancolía aspira a plenitud de valores y vida; a la belleza infinita que se une en las profundidades del ser; al sentimiento de fugacidad de

las cosas; al vacío por lo que se ha perdido; a la tristeza, desolación e inquietud que se insinúan en el interior del alma y que nada puede calmar.

La melancolía es la atmósfera que todo lo cubre; fluido que todo lo penetra; herida profunda; simultáneamente dulce sentimiento y dolor. Pag 153-156.

3.6 Del infinito

El infinito se manifiesta en el corazón. La melancolía nos revela que somos seres limitados que viven frente a frente con el absoluto, Romano Guardini, De la mélancolie. La melancolía provoca en el ser humano la proximidad con lo eterno. Proximidad, que le colma de esperanzas y representa una amenaza.

Con la madurez nos percatamos que esta vida no es como nos gustaría, pero no sabemos mejorarla. La vida entera está plagada de melancolía; no hay nada que satisfaga totalmente nuestros deseos. En el fondo existe una desproporción de deseo en el corazón del hombre. Lo que anhelamos está más allá de cuanto la realidad puede ofrecernos. Nada nos llena porque es imposible colmar el anhelo de infinito, que emerge de nuestro ser. La esperanza de vida eterna es lo único que satisface nuestro anhelo de vida plena.

El finito no puede responder a los anhelos de infinito. Se intenta satisfacer este anhelo de plenitud con *el pequeño placer del día y el pequeño placer de la noche*, Friedrich Nietzsche, pero fracasa. El hombre quiere más, aspira a más, no tiene suficiente con el bien efímero de las sensaciones. Se intenta llenar este infinito con algún amor concreto y fracasa, porque la imperfección forma parte del mundo y nunca podrá realizarse del todo en espacio y tiempo. Se pretende llenarlo con realidades como patria, lengua, país, *-ismos de todo tipo*, tecnologías, música ... y también fracasa. El corazón humano es anhelante, inquieto. La inquietud es propia de seres desgarrados, finitos, que no aceptan su finitud; aspiran a ser eternos, pero advierten su mortalidad; anhelan una vida plena y se encuentran en una vida imperfecta.

No hay riqueza que nos proporcione paz absoluta; ni amor que colme plenamente nuestros anhelos. Los intentos de concretar paraísos en la tierra acaban en frustración, porque proporcionan imperfección, error, exceso o falta. No es posible ser amado por todos. La paz total trasciende los confines de la condición humana.

La desproporción anímica es la principal causa de la melancolía: queremos lo que no tenemos; anhelamos lo que no podemos poseer nunca; aspiramos a lo que no podemos ser. Anhelamos belleza, unidad, verdad y bondad, que el mundo no puede ofrecernos. El mundo es una pequeña ventana que evoca otro mundo; sólo si prestamos atención a lo que nos muestra podemos vislumbrar lo que nos trasciende.

El anhelo del corazón humano es de infinito y lo que tenemos a nuestra disposición es finito, limitado, y efímero. Este deseo no colmado es la causa de

la melancolía, que nos suscita la experiencia de frustración y nos sumerge en el inmenso océano de nostalgia. Nos gustaría que el mundo fuera diferente y sentimos nostalgia de un mundo ideal, que no ha existido en el pasado, pero vive en nuestro corazón como semilla de eternidad.

Antes esta dinámica del deseo sólo hay tres vías posibles:

a Anular el deseo. Lo que supone negar al ser humano, porque es un ser imperiosamente necesitado de necesidades y apetencias. Somos deseo y estamos hechos para desear. Y renunciar al deseo supone renunciar a nuestra esencia. Deseo que, además, introduce la causa diferencial, la cualidad distintiva entre hombre y cosmos. Vía, que está condenada al fracaso.

b Contentarnos con lo que nos ofrece este mundo. A fin de cuentas pequeñas alegrías y placeres; triste consuelo para nuestras ansias de infinito. Tendrá que recurrir a nuevos estímulos, experimentando que nada le llenará.

c Esperanza. Esperar que haya un infinito más allá de lo finito, que colme nuestro anhelo. Sólo lo infinito, que trasciende espacio y tiempo, puede responder a este anhelo.

La dinámica del deseo no niega ni confirma la existencia del objeto del deseo; revela la existencia de un ser problemático, *que no se contenta con lo que tiene a su disposición, que busca una felicidad ajena en este mundo*, Gabriel García Márquez.

La melancolía puede tener efectos muy positivos: nos permite descubrir que nuestros deseos van más allá de cuanto hoy poseemos y disfrutamos; nos ayuda a mantener abierto el horizonte de nuestra existencia a realidades más grandes y plenas que las que conocemos; nos enseña a no pedir a la vida lo que no puede darnos; ni pedir a las relaciones lo que no pueden ofrecer. También es signo de madurez aceptar sin excusas a los otros y a nosotros mismos tal cual somos. Pag 157-161.